

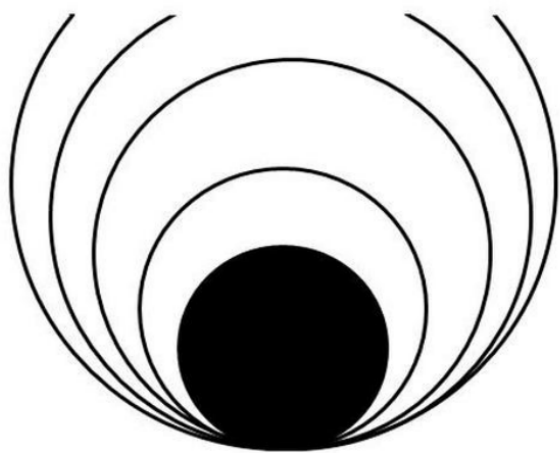


MUERTE BLANCA

Clark Carrados

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.677 - El hombre de la cara de oro.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.535 - El asesino firma su crimen.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

928 - Una rubia de oro puro.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

CLARK CARADOS

MUERTE BLANCA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 932
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 753 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1980

© Clark Carrados - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

Esta novela está incompleta. Entre los capítulo cinco y nueve hay huecos de texto, debidos a que en la impresión de esta novela se mezclaron páginas de otra novela del oeste. Los huecos no son fallos del digitalizador, este se ha limitado a quitar las páginas de la novela del oeste. (Nota del digitalizador)

CAPÍTULO PRIMERO

En la cabina del avión, el piloto canturreaba entre dientes, mientras observaba alternativamente el cuadro de mandos y el paisaje que se deslizaba a tres mil metros de distancia. En el asiento continuo, su único pasajero dormitaba apaciblemente, arrullado por el monorrítmico ruido del motor.

Jeb Layne se sentía satisfecho. Era un buen viaje, sin incomodidades y con un gran provecho. Estaba seguro de que el contenido de la maleta de su pasajero era algo prohibido por la ley, pero eso no le importaba a él en absoluto.

Lo que sí le importaba eran los honorarios que había percibido, por adelantado, y en una cifra triple de la tarifa normal. Lo demás le tenía sin cuidado. Claro que arriesgaba su licencia, lo sabía cuando fue contratado, pero confiaba en su buena estrella. En aquellas rutas no sucedía nunca nada.

Además, en Wharton Field eran muy discretos. Allí no se hacían jamás preguntas a los pilotos. El caso era que la policía nunca había molestado a un piloto y mucho menos a la propietaria del aeródromo. Layne se imaginaba que algún pez gordo estaba metido en el asunto, pero sabía qué la discreción era el medio mejor para vivir muchos años y prefería callar siempre, en todo momento.

El pasajero se llamaba Odo Kutnan. Layne le había llevado a un lugar muy cercano a la frontera con México, en donde habían tomado tierra, para una estancia tan breve, que ni siquiera había tenido necesidad de parar el motor.

En aquel lugar, había alguien esperándoles, con un automóvil. Kutnan se había apeado, llevando en la mano una cartera. El hombre del automóvil trajo una pesada maleta. Antes de entregarla, comprobó el contenido de la cartera de mano. «Billetes, muchos billetes», pensó Layne en aquellos momentos.

Menos de cinco minutos después, Kutnan había regresado al

avión con la maleta, que colocó detrás de su asiento. Inmediatamente, había dado orden de emprender el regreso.

Y ahora, Wharton Field estaba a menos de quince minutos de vuelo. Por aquel trabajo, Layne, en circunstancias normales, habría cobrado menos de setecientos dólares. Kutnan le había pagado dos mil. No estaba mal, para un viaje que había durado el tiempo correspondiente a una mañana.

Inesperadamente, vio a otro avión que se situaba a la altura del suyo y tan cerca, que las alas parecían ir a tocarse de un momento a otro.

—¡Eh, estúpido! —gritó—. Apártate de ahí...

Kutnan se agitó en su asiento.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Layne emitió una blasfemia y agarró el micrófono, para comunicarse con el piloto del otro avión, un esbelto bimotor de seis plazas. Pero, en el mismo momento, oyó un extraño repiqueteo.

Le pareció que el avión atravesaba una nube de granizo. A su lado, Kutnan se convulsionó, a la vez que lanzaba un grito de agonía.

Los vidrios de las ventanas del costado derecho saltaron por los aires. Layne, horrorizado, vio a un individuo en el otro avión, haciendo fuego con una pistola ametralladora.

El parabrisas saltó de repente y un violentísimo chorro de aire entró en la cabina. Trozos de cristal volaron hacia su rostro y lo acribillaron dolorosamente. Layne emitió un aullido.

Una bala rozó el dorso de su mano derecha. Dos más se le clavaron en el muslo de aquel lado. Kutnan se venció de pronto hacia adelante y su cuerpo presionó contra el poste de mando situado frente a él.

El avión bajó en morro inmediatamente. Layne tiró hacia atrás del poste, intentando enderezar la caída del avión.

En el otro aparato, el tirador puso un nuevo cargador en su pistola ametralladora, mientras el piloto seguía puntualmente el descenso del avión atacado. Layne chillaba y maldecía, terriblemente dolorido a causa de los trozos de vidrio que habían acribillado su cara. Ni siquiera sabía que tenía dos balazos en la pierna derecha.

Una nueva ráfaga causó enormes destrozos en la cabina. Layne

saltó hacia arriba cuando tres proyectiles entraron por su costado derecho, a la altura de su cinturón. Delante de sus ojos, ya velados por la agonía, el motor empezó a emitir un denso humo negro.

Las manos de Layne aflojaron su presión sobre la palanca de mando y el aparato volvió a iniciar el descenso. En el otro avión, el piloto y su acompañante observaron fascinados aquella mortal caída.

Layne no había perdido aún el sentido, pero se daba cuenta de que nada ni nadie podía evitar ya la catástrofe. Sin fuerzas ya, abandonó los controles. El avión, picando verticalmente, inició una velocísima barrena, dejando tras sí una negra estela en espiral.

Momentos después, se produjo el impacto. Una enorme llamarada brotó instantáneamente del avión. Luego, el humo denso, negro, aceitoso, empezó a subir hacia la altura.

El otro avión se había perdido ya de vista.

Armado de una escoba y una patita, Happ Holland se ocupaba de que las dependencias del aeródromo estuviesen bien limpias. A lo mejor, un avión despegaba, con el instructor y su alumno a bordo. Holland contempló el despegue con ojos llenos de envidia.

Había estado a punto de conseguir el título. Pero ahora, la licencia de piloto civil era un sueño inalcanzable. Y gracias que había podido encontrar aquel empleo en Wharton Field. De lo contrario, tendría que andar pidiendo limosna por las calles.

Alguien le asestó un puntapié en el trasero.

—¡Happ! —rugió un individuo—. Te pagan por trabajar, no por mirar estúpidamente a los aviones que van y vienen.

Holland apretó los dientes.

—Sí, señor Westkin —dijo—. Perdone usted, me distraje un segundo...

El jefe de los servicios de Wharton Field emitió una colérica interjección.

—Revisa el treinta y siete. Dentro de media hora, su dueño vendrá para realizar un vuelo. Quiero que el señor Bertholdi encuentre el avión absolutamente limpio.

—Sí, señor, ahora mismo —dijo Holland humildemente.

El 37 era un «jet» de ocho plazas, situado en uno de los lados de la pista de estacionamiento. Holland se encaminó hacia el avión, sintiendo una enorme envidia hacia su dueño, pero más aún hacia

el piloto. Antes de entrar en el aparato, pasó una mano por el fuselaje.

—¡Qué suerte tienen algunos! —murmuró.

Pero dejó de lado sus pensamientos y se aplicó al trabajo. Harvey Bertholdi era un personaje importante; alguien decía que, prácticamente, era el dueño del aeródromo, y convenía evitar cualquier motivo de irritación, que le habría costado el empleo inmediatamente.

Un cuarto de hora más tarde, vio posarse sobre la pista un bimotor de hélice. A los pocos momentos, dos hombres descendieron de él.

Uno llevaba en la mano derecha una maleta. A Holland le desagradó su aspecto de inmediato. Claro que, bien mirado, el del piloto no era más simpático. Estaba seguro de que volvían de hacer algo *non sancto*. Se rumoreaba que en Wharton Field pasaban cosas muy raras, pero Holland conocía bien las ventajas de abrir la boca solamente cuando le hiciesen preguntas.

Los dos hombres se alejaron en un coche, situado en el parking. A los pocos momentos, apareció un lujoso «Rolls», cuyo chófer lo situó en las inmediaciones del reactor. Para entonces, Holland había terminado ya la limpieza y contemplaba la escena, situado prudentemente bajo el ala de otro de los aviones.

El chófer se precipitó a abrir la portezuela. Un hombre, alto, fornido, con evidente tendencia a engordar, se apeó del «Rolls», cuya portezuela mantenía abierta el chófer, en respetuosa actitud.

Detrás de él apareció una hermosa joven, alta, esbelta, de abundante cabellera rojiza, peinada con gran esmero, con una raya en el centro y las orejas casi cubiertas por el pelo, que se reunía en un gran moño en la parte posterior de la cabeza.

Holland se quedó embobado al verla. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Ella vestía discretamente un traje sastre, de color gris, que, indudablemente, había salido del taller de algún modisto. En la mano derecha llevaba un bolso de regulares dimensiones y piel cara.

El hombre era Bertholdi. Otro coche había seguido al «Rolls» y de él se apearon en el acto cuatro hombres, tres de los cuales, indudablemente, eran sus guardaespaldas. El cuarto era un sujeto bajo, menudo, de cráneo puntiagudo, que llevaba un gran

portafolios.

El piloto y su copiloto aguardaban ya junto a la escala de acceso al «jet». Bertholdi echó a andar hacia el avión, conversando con el hombre del portafolios. La joven caminaba detrás de los dos.

De pronto, Bertholdi le vio y frunció el ceño. Sin dejar de caminar, se volvió un poco hacia su acompañante.

—Gene, ¿ese tipo no es Holland, el policía?

—El hermano del teniente Holland, justamente, señor Bertholdi —contestó el interpelado.

—¿Qué diablos hace aquí ese individuo? No parece lógico...

—Tuvo que dimitir, usted ya lo sabe. Lo hizo por presiones de su hermano. Como no encontraba trabajo, vino aquí a pedir un empleo y se lo dieron. Ahora es mozo de limpieza.

Bertholdi sonrió.

—Un trabajo digno de un expolicía —pero, de pronto, se alarmó—. Gene, eso de la dimisión, ¿no será un ardid?

—No, señor; fue algo auténtico. Hablé mucho del asunto con Vandecort, el ayudante del fiscal. Vandecort corroboró la dimisión de Holland. Tuvo que hacerlo, para evitar ser expulsado ignominiosamente.

Bertholdi sonrió aviesamente.

—Me dan ganas de pedirle que me limpie los zapatos —dijo—. Su hermano me las ha hecho pasar moradas.

—Pero nunca ha conseguido nada, y eso es lo que importa.

—Sí, tienes razón.

Ya estaban junto a la escalerilla. Bertholdi se dirigió al piloto.

—A Glass Mesa, Jack.

—Sí, señor.

Sonriendo, Bertholdi se volvió hacia la joven.

—Joyce, ¿tienes miedo? —preguntó.

—No, señor —contestó ella sosegadamente.

—Me gusta que seas así. Anda, sube al avión. Las damas primero, claro —exclamó el hombre alegremente.

Minutos más tarde, el «jet» despegaba, pilotado con gran pericia. Holland lanzó un suspiro. Hacer aquello era algo que se había puesto ya definitivamente fuera de su alcance.

De pronto, vio que un automóvil se detenía a pocos pasos del lugar en que se hallaba. Era un descapotable blanco, a cuyo volante

se hallaba una mujer, de la que apenas si podía captar detalles, ya que llevaba un pañuelo a la cabeza, anudado bajo la barbilla, y grandes gafas de color.

—Eh, usted... —llamó la mujer.

Holland echó a andar hacia ella.

—Señora...

—¿Quiere ganarse mil dólares, muchacho?

Holland respingó. Ella sonrió.

—He dicho mil dólares —añadió—. ¿Qué le pasa? ¿No los ha visto nunca? Se los daré, billete sobre billete...

—¿Qué es lo que debo hacer, señora?

—Así me gusta, hombre.

La mujer sacó una tarjeta y se la entregó.

—Vaya a verme esta tarde, después de las ocho. Hablaremos en mi casa.

—Si se trata de algo ilegal... —empezó a decir Holland, pero la mujer le interrumpió rápidamente.

—En todo caso, no soy yo quien viola la ley —dijo con viveza—. Ni lo olvide, después de las ocho... y mil dólares en efectivo.

—Bien, señora.

El coche arrancó de inmediato, virando ceñidamente para buscar la salida del aeródromo. Alguien se acercó a Holland y le dio un codazo.

—Te gusta la fulana, ¿eh, Happ?

—No le he visto apenas la cara, Joe —contestó el joven.

—Pero, hombre, si era... Claro que llevas aquí poco tiempo... Es la esposa de Bertholdi. Bueno, exesposa, porque se divorciaron hace pocos meses.

Holland miro la tarjeta.

—Aquí dice otro nombre —murmuró.

—Habrás recobrado el apellido de soltera —supuso el otro empleado.

De repente, se oyó la tonante voz de Ralph Westkin:

—¡Happ, ven inmediatamente!

Holland echó a correr. Westkin le hizo un gesto con la mano.

—Vamos, al helicóptero —ordenó.

El joven respingó.

—Pero...

—Ni «peros» ni leches —dijo Westkin abruptamente—. Layne se ha estrellado en una vaguada, cerca de Blue Hills. Tenemos que ir a ver qué ha pasado.

—Caramba —se asombró Holland.

—Era un buen piloto, no sé qué diablos le habrá pasado... pero el caso es que ha caído desde tres mil metros —Westkin lanzó una blasfemia—. Y también era un buen amigo —añadió, con cierto tono sibilino que no dejó de intrigar al joven—. Vamos, no te quedes ahí como un poste.

—Sí... sí, señor.

Instantes después, el helicóptero se elevaba rugiendo por los aires. Holland, sentado junto a Westkin, empezó a pensar que el empleo que tan agradecidamente había aceptado solo hacía unas cuantas semanas, no era la bicoca que le había parecido entonces.

En Wharton Field pasaban muchas cosas raras, pensó Westkin, se dirigió al lugar de la catástrofe.

CAPÍTULO II

Todavía con las horribles imágenes de los dos cuerpos carbonizados en la retina, llamó a la puerta de la residencia de Unity Bockett, la exesposa de Harvey Bertholdi. Lo peor, sin embargo, no había sido la visión de los restos de dos hombres, destrozados por el choque y abrasados por el incendio subsiguiente, sino el descubrimiento que había hecho uno de los policías estatales, llegados al lugar del suceso.

Alguien había disparado contra el avión de Layne, provocando su caída. En un primer examen, somero, dadas las circunstancias, el forense que había acudido al lugar, había encontrado un agujero de bala en el cráneo del pasajero.

Westkin, al conocer la noticia, se había mostrado terriblemente afectado. Holland, que le observaba con gran atención, había adquirido en aquel momento la sensación de que su jefe sabía algo más que lo que había dado a entender a los policías. Sí, en Wharton Field sucedían cosas muy raras.

Hasta entonces, sin embargo, no se había producido el derribo de un avión por ametrallamiento. Aquello era mucho más grave que introducir o sacar del país objetos de contrabando. Aunque, claro, quizá el doble crimen tenía como motivos ese mismo contrabando.

La puerta se abrió de pronto, alejando de la mente los pensamientos que bullían en ella atropelladamente. Unity Bockett apareció ante sus ojos.

—Celebro que haya venido —dijo la mujer.

Era muy hermosa, con un tremendo atractivo sensual, subrayado por la casi transparente bata de encajes rojos que cubría su cuerpo, pródigo en curvas. Debajo estaba la ropa interior, mínima, negra, terriblemente excitante.

—Pase —dijo ella con voz cargada de atractivos.

—Gracias, señora...

La casa era grande, lujosa, aunque no tanto como Holland había esperado. Unity fue a un bien provisto bar y preparó dos bebidas.

—Tengo el dinero listo —dijo.

—Aún no sé qué he de hacer —manifestó él.

—Lo sabrá enseguida —Unity fue a un diván, se sentó, cruzó las piernas, dejando que asomaran por la abertura de la bata y le hizo una seña con la mano izquierda, en la que sostenía una copa—. Venga aquí, Happ.

—Sabe mi nombre —sonrió Holland, al sentarse a su lado.

—También sé que era policía y que dimitió. Por eso le he buscado.

Holland se puso serio en el acto.

—No me gusta que me recuerden eso —dijo.

—Lo siento, pero era necesario. Ha descendido usted bastante, ¿eh? De policía a barrendero. ¿Le parece justo?

—Al menos, gano para comer —contestó él, haciendo una mueca.

—Pero casi se muere de hambre. Y, además, no hay perspectivas.

—No muchas, en efecto.

—Quizá ahora se le presente un futuro más agradable —apuntó Unity.

—¿Cómo?

—Le diré lo que quiero de usted. ¿Conoce el Hillcrest?

—Sí, desde luego.

—Cada vez que termine de trabajar, vaya allí, siéntese en la barra y observe el ambiente. Si puede, haga amistad con alguna de las chicas. No haga preguntas, límitese a ver, oír... y escuchar.

Holland levantó las cejas.

—Y todo eso, ¿para qué?

—Le seré franca. A estas horas, me imagino que alguien le ha dicho que Bertholdi y yo estuvimos casados. Nos divorciamos, pero él, por medio de sus abogados, consiguió que el juez me concediera una indemnización mínima y una pensión irrisoria. Quiero sacarle, por lo menos, medio millón, pero no puedo hacerlo, sin conocer a fondo algunas de sus actividades.

—Eso puede resultar peligroso, señora.

—No, en absoluto —contradijo ella enérgicamente—. A usted no

le pasará nada, en todo caso. Límitese a observar en el Hillcrest, eso es todo.

—¿Alguien en particular?

—Todo el que entre o salga. Venga dentro de una semana a verme, con los datos que haya podido obtener. Quizá, entonces, le dé otros mil dólares.

—Podría haber empleado un detective privado...

Unity sonrió maliciosamente.

—Usted tiene experiencia —dijo—. Sé que cada día irá con un aspecto diferente, de modo que no podrán reconocerle ni sospechar de su estancia allí, y menos si entabla conversación con alguna de las chicas. Nada más, Happ, créame.

—Está bien...

—Con un par de horas al día, tendrá más que suficiente.

—De acuerdo, no se hable más. Pero mil dólares me parece poco.

Unity respingó.

—Creí que habíamos llegado a un acuerdo. ¿Cuánto más quiere?

—«Cuánto», no; «qué» —dijo él.

—No entiendo...

De pronto, Holland la abrazó. Ella estaba a su izquierda. Con la mano derecha, empezó a abrir la bata. No tardó mucho en aprisionar un seno redondo, cálido, de firmes contactos.

Unity echó el dorso hacia atrás.

—Happ, ¿cree que por ser divorciada me voy a la cama con el primero que entra por la puerta de mi casa?

—Con el primero, no sé; conmigo, sí —afirmó él.

Le quitó la bata y luego el sostén. Los pechos de Unity emergieron retadores, picudamente agresivos. Holland se inclinó y besó uno de los rosados vértices, que se endureció de inmediato.

La mano de Unity se crispó sobre la cabeza del hombre.

—Maldito seas, Happ; vas a conseguir llevarme a la cama...

Holland soltó una risita.

—Personalmente, no me importaría utilizar el diván —dijo, mientras rasgaba el leve tejido de los pantaloncitos de encaje—. Pero si prefieres la cama...

A las seis y media de la mañana, despertó sobresaltado y abandonó el lecho. Unity dormía profundamente, apenas cubierta

por las sábanas, y el pelo rubio, abundante, extendido como un abanico sobre la almohada.

Holland se vistió en menos de un minuto. Al pasar por la sala, agarró los diez billetes de cien dólares que Unity había dejado allí, se los echó al bolsillo y corrió hacia la puerta.

Cuando llegaba a su coche, vio que había un hombre dormido en el asiento delantero.

—Eh, usted, ¿quién diablos le ha dicho que este automóvil es un hotel?

El hombre despertó, abrió la portezuela y saltó a la acera.

—Hola, Happ —saludó.

Holland frunció el ceño.

—¿Qué haces aquí, Dirk?

—¿No creas que soy yo el que debería hacerte esa pregunta? ¿Lo has pasado bien con esa zorra?

El joven se atiesó.

—Dirk, eres mi hermano y, mientras pertenecía a la Policía, acaté tus consejos, obedecí tus órdenes y te respeté como a nadie en el mundo. Pero ya no te debo ningún favor, no tengo por qué darte cuenta de mis actos. Esa zorra es una mujer muy hermosa y los dos lo hemos pasado estupendamente. ¿Te enteras?

—Vas por muy mal camino, Happ —advirtió el teniente Holland severamente.

El joven se metió en el coche.

—Dirk, estaba ya a punto de ascender a sargento. Conforme, buena parte de la culpa fue mía, pero no soy el único policía que se ha visto en un aprieto semejante. Además, lo que hice, te sirvió para añadir nuevos méritos a la hoja de servicios. Y tú, en lugar de defenderme, en vez de luchar a mi favor... Bueno, no digo que echaras leña al fuego, pero sí te limitaste a ver cómo ardía la hoguera y yo me quedaba en ella. ¿Pretendes que ahora acepte tus consejos y tus reproches?

—Espera un momento, Happ —dijo Dirk—. Sé que tienes mucha razón y que...

Holland pisó el acelerador.

—Oh, vete a la mierda —exclamó, hirviendo de furia.

A los pocos momentos, procuró tranquilizarse o cometería una infracción de tráfico, que le impediría llegar a tiempo a su trabajo.

Y no tenía ganas de sentir la pesada bota de Westkin en su trasero.

El Hillcrest era grande, lujosamente decorado en rojo y negro y con metales bronceados. Las camareras eran muy guapas, todas ellas vestidas con «pantys» negros y blusas blancas, muy transparentes, que permitían ver sus senos. Por los altavoces invisibles brotaba constantemente una agradable música de fondo.

Holland llevaba casi una hora sentado a una mesa, cuando, de pronto, se le acercó, una hermosa morena, muy escotada.

—Hace tiempo que te observo —dijo ella—. ¿Esperas a alguien?

—A ti —sonrió Holland—. ¿Quieres una copa?

—Claro —aceptó la joven de inmediato—. Me llamo Peggy.

—Happ —dijo él. Chasqueó los dedos, vino una camarera y le encargó de beber—. Tú también estabas sola —se dirigió a Peggy.

—Vengo a estar sola todos los días —rio ella.

—Pero, a veces, encuentras compañía.

—Casi a diario.

La camarera trajo las copas. Holland levantó la suya.

—Bebe, pero márchate si quieres después —dijo—. Yo no podré acompañarte hoy.

—Es una lástima. Pensé que...

—Lo siento, nena.

—Bueno, así es la vida. Unos días encuentro compañía y otros no. De todos modos, me parece muy simpático, Happ.

—Gracias, encanto.

De súbito, Holland vio pasar a dos hombres a corta distancia de la mesa en que se encontraba. Al reconocerlos, sufrió un ligero sobresalto, que Peggy no dejó de advertir.

—¿Qué te pasa, Happ? —preguntó.

—Esos tipos... —dijo él maquinalmente.

—¿Te refieres a Ray Queen y Vance Cooligan?

—¿Cómo? ¿Sabes sus nombres?

Peggy soltó una risita.

—Me han acompañado en algunas ocasiones. Individualmente, por supuesto.

—Oh... ¿A qué se dedican?

—Nunca hago preguntas a mis acompañantes —respondió ella.

—Sí, es lógico. Dispensa.

Cinco minutos después, entró otra persona conocida en el local.

Holland no se sintió menos sorprendido al ver a Ralph Westkin, su jefe.

Queen y Cooligan habían desaparecido por la escalera que conducía al piso superior. Westkin siguió el mismo camino.

Un cuarto de hora más tarde, Queen y Cooligan descendieron a la planta baja y se marcharon a la calle. Westkin continuaba en el primer piso.

—Parece que aquí regalen el dinero —murmuró Holland, apenas unos segundos antes de que viera a una persona conocida.

El asombro le paralizó. La recién llegada era la hermosa, acompañante de Bertholdi. Ella cruzó la sala y se encaminó al primer piso.

Sonó una risita maliciosa. Peggy se había marchado ya, pero ahora estaba en pie, nuevamente junto a la mesa, en la que se apoyaba con una mano.

—Esa sí que te gusta, ¿eh? —dijo.

Holland levantó la vista.

—«Boccato di cardinali», placer de dioses —continuó Peggy—. Se llama Joyce Barnes, pero «no se ha hecho la miel para la boca del asno», y perdona la cita.

—Hay otro que saborea esa miel, ¿no?

—Seguramente. Hace tiempo que no la veo. Antes solía acudir aquí con cierta frecuencia. Tenía mucho éxito, te lo aseguro.

—Habrà ido a encontrarse con algún viejo conocido —apuntó Holland.

—Es probable. Adiós, Happ, me alegro de haberte conocido.

Peggy se marchó. Holland, en su asiento, se removi6 inquieto, sin saber exactamente las causas. Le disgustaba ver a una muchacha tan hermosa en un tugurio, porque el Hillcrest lo era, pese a su lujoso ambiente.

De pronto, obedeciendo a un impulso inexplicable, se puso en pie y se dirigió hacia el primer piso. Al llegar al corredor, se preguntó cuál podría ser la puerta tras la que se encontraba Joyce Barnes.

Inesperadamente, oyó un extraño sonido. Alguien lloraba... o se quejaba...

Corrió hacia el lugar de donde procedían los sonidos. Vio una puerta entreabierta y la abrió del todo.

Joyce estaba junto al umbral, su cuerpo sacudido por fuertes espasmos a la vez que emitía sonidos inconexos. Holland no tardó en adivinar los motivos de su ataque de histeria.

Ralph Westkin estaba en el lado opuesto del reservado, sentado en el suelo, con los ojos muy abiertos y la boca torcida. En el centro de su camisa blanca se veía una mancha de color escarlata, todavía húmeda y brillante.

Holland fue a decir algo a la joven, pero antes de que pudiera despegar los labios, se oyó el alarido de la sirena de un coche de patrulla que se acercaba rápidamente al Hillcrest.

CAPÍTULO III

Joyce continuaba en la misma posición, con el puño derecho en la boca y el bolso pendiente de la mano izquierda, caída a lo largo del costado. Holland se dijo que tenía que hacer algo y con la máxima rapidez posible.

Dio un salto hacia adelante y se apoderó de la botella y los dos vasos que había encima de la mesa. Joyce le miró con ojos ausentes.

—Venga, pronto —dijo el—. La Policía subirá aquí antes de un minuto... Vamos, muévase.

Ella pareció reaccionar y aunque indecisa todavía le siguió. Colocándose la botella bajo el brazo, abrió la puerta de un reservado ligeramente alejado del otro. Entró, dejó la botella y los vasos, y salió para arrastrar a Joyce a viva fuerza.

—No se quede ahí, estúpida.

Cerró de un taconazo y la empujó hacia el diván situado al fondo, en el que se sentó, atrayéndola para que se situase a su lado.

—Desabróchese la blusa —ordenó.

—Pero...

—Está bien, lo haré yo —dijo Holland, ceñudo.

Joyce empezó a comprender y se soltó un par de botones. Holland, impaciente, la desabrochó por completo. Luego le subió la falda hasta bastante más arriba de los muslos.

—Oiga, no exagere...

—Espere.

De pronto, sonaron pasos en el pasillo. Alguien emitió un juramento. Otro dijo que iba a avisar a Jefatura. Se oyó el alarido de una segunda sirena.

—Yo no he sido. Estaba ya muerto cuando llegué —dijo la joven.

—Lo sé —contestó Holland—. Pero aguarde un momento.

Se oyeron más voces. Un hombre ordenó registrar todos los

reservados. Entonces abrazó a Joyce y buscó su boca, a la vez que empezaba a sobarla descaradamente.

La puerta se abrió de golpe.

—Eh, amigos, déjense de fiestecitas —dijo un policía—. Se ha cometido un crimen en uno de estos reservados.

Holland se volvió, aunque sin soltar a la joven, y miró malhumoradamente al guardia.

—Lárguese, hermano —dijo—. ¿No ve que está molestando?

—¿Le gustaría recibir una buena dosis de esto? —el policía empezó a sacudir su porra contra la palma de la mano—. Han matado un tipo aquí al lado. Tiene un balazo en el pecho. ¿Han oído algo?

Holland sonrió.

—Muchacho, ¿cree que esta preciosidad y yo estábamos para oír algo que no fuera la voz de la sangre?

El guardia respingó.

—Oiga, a usted le conozco yo... ¿No es hermano del teniente Holland?

—Por parte de madre, parece que sí. No diría lo mismo por parte de padre.

—Es usted un... Bueno, ahí le dejo con esa furcia. A ver si le pega un buen sifilazo, hijo de puta.

—Envidia que me tienes, mamón.

La puerta se cerró con un sonoro golpe. Holland miró a Joyce. Ella estaba terriblemente encamada.

—Lo siento, nena —murmuró.

—Suélteme —pidió ella en voz baja.

—Ni hablar. Hay que aguardar a que se vayan todos esos lebreles. O, por lo menos, que nos permitan salir sin dificultades. Oiga, usted es la fulana de Bertholdi, ¿eh?

—¿Me conoce?

—La vi hace un par de días en Wharton Field, cuando fue a Glass Mesa, con Bertholdi. Ha vuelto demasiado pronto, señorita.

—Glass Mesa está relativamente cerca. Solo pasamos allí una noche. ¿Es que trabaja en Wharton Field?

—Soy el barrendero —dijo él, haciendo una mueca.

La puerta se abrió de pronto. Un hombre, conocido del joven, apareció en el umbral.

—Happ, el patrullero Davies me ha dicho que no has oído nada —exclamó el sargento Robinson.

—No, no hemos oído nada. Seguramente, habrán usado silenciador, Jake.

Robinson torció el gesto.

—No has aprendido nada —gruñó.

—Cuando tuve que dejar el Cuerpo, lo mejor que encontré fue un empleo de barrendero. No se puede decir que sienta simpatía hacia vosotros. Pero si sospechas de mí...

—No, idiota. Anda, lárgate con la dama; aquí estorbáis.

Holland se puso en pie.

—Se lo diré a tu hermano cuando lo vea —añadió Robinson.

—Díselo también a Jimmy Carter. A lo mejor cree que le estás contando un chiste y se muere de risa. El país marcharía así mucho mejor.

Holland sabía que Robinson era un furibundo partidario de Carter. El sargento enrojeció hasta las orejas.

—El país marcharía mucho mejor sin tipos como tú —retrucó Robinson desabridamente.

Holland tiró del brazo de la joven.

—Vámonos, guapa —dijo—. En mi apartamento podremos estar solos.

Momentos después, salían a la calle y se abrieron paso entre los curiosos que se habían congregado allí, ante la noticia de un crimen. Holland empujó a la joven con mano firme, para alejarla del bullicio.

—¿Ha traído coche?

—No, vine en taxi —respondió, Joyce apagadamente.

—Entonces la llevaré en el mío. No es el «Rolls» de Bertholdi, pero tiene asientos, motor y cuatro ruedas.

Joyce no puso objeciones. Instantes más tarde, Holland hacia arrancar el vehículo.

—¿Por qué fue al Hillcrest? —preguntó, atento al tráfico.

—Westkin me citó allí. Dijo que tenía algo importante que decirme.

—¿Acerca de qué...?

—Lo siento.

—¿Algún asunto turbio?

—Dispense, pero no quiero decirle nada. Si sospecha de mí, lléveme a la Jefatura.

—Ya no soy policía... y la verdad, no sé por qué me molesté en librarla del atolladero en que se había metido. ¿Adónde la llamó Westkin? Quiero decir, ¿dónde estaba usted cuando la citó para que acudiera a ese tugurio?

—En casa.

—¿Suya o de Bertholdi?

—¡Por Dios! —dijo ella crispadamente—. ¿Qué le importan a usted mis asuntos personales?

—Nada, a decir verdad. Simplemente, me sentía curioso. Pero si Westkin la llamó a casa de Bertholdi, ¿no cree lógico que alguien interceptara esa llamada?

Joyce frunció las cejas...

—Es posible.

—Y entonces, ese alguien, envió a dos tipos a liquidar a Westkin —Holland lanzó una amarga risotada—. En este país, no hay nada peor que saber demasiado.

—En todo caso, a usted no le importa en absoluto. Déjeme en esa esquina; pediré un taxi.

—Ah, creí que iba a quedarse para cazar clientes —dijo el joven con mordaz acento.

Frenó y ella abrió la portezuela. Antes de salir del coche, sin embargo, se volvió y le asestó una seca bofetada.

—Así expresa usted su gratitud, ¿eh? —sonrió Holland sardónicamente.

—Si tuviera el valor de ser honesto e imparcial, sabría que se lo tiene más que merecido —contestó ella.

Saltó a la acera y empezó a caminar, alta, erguida, orgullosa. Holland la contempló con ojos de admiración.

—Toda una hembra —murmuró.

Pero luego pensó en Bertholdi y tuvo que escupir a un lado. Pisó el acelerador de nuevo, sintiéndose más amargado que nunca.

Unos minutos después, se le ocurrió una idea. Podía hacerlo él, pero si la cosa fallaba, se vería en un apuro al día siguiente. Detuvo el automóvil cerca de una cabina telefónica, se apeó y hurgó en sus bolsillos, buscando una moneda.

Cuando habló, tenía un pañuelo ante el micrófono:

—¿Teniente Holland? Tengo una buena información para usted. Busque a dos tipos llamados Queen y Cooligan. Seguramente, tienen algo que ver con el asesinato del Hillcrest. Pregúnteles también qué le pasó al avión de Jeb Layne. No, no voy a decirle mi nombre... ¿Me toma por tonto?

Colgó el teléfono, abandonó la cabina y se puso un cigarrillo en los labios. Luego volvió al coche.

El auto de la policía llegó silenciosamente frente a la casa y varios hombres se apearon sin hacer ruido. Holland lo vio todo desde el interior de su coche, situado a prudencial distancia.

La casa que había al otro lado de la acera tenía las luces encendidas. Los agentes avanzaron en silencio.

Uno se acercó y llamó a la puerta. Alguien se acercó a preguntar quién llamaba a aquellas horas.

—¡Policía! ¡Abra inmediatamente!

Dentro de la casa hubo algo de ruido. El mismo policía gritó:

—¡Cooligan, no cometa imprudencias!

Se apartó de la puerta a tiempo, evitando por fracciones de segundo la ráfaga de ametralladora que hizo volar astillas en todas direcciones. Holland sonrió en las tinieblas. Cooligan había perdido la cabeza.

Un policía fue por detrás y sorprendió al pistolero.

—¡Tira el arma! —gritó.

Cooligan se revolvió furiosamente. El policía hizo fuego.

Otro disparó desde la ventana. La ametralladora se elevó y envió un chorro de balas al techo. Luego, Cooligan soltó el arma y cayó de bruces al suelo.

Holland se hizo el dormido. Un policía se le acercaba, miró al interior del coche y vio una botella casi vacía sobre el asiento. Hizo un gesto de asco y se marchó.

Por la mañana, Holland se puso el mono de trabajo en el vestuario y luego agarró la escoba y la pala. Alguien apareció en la puerta en aquel momento.

—¡Happ!

El joven se volvió. Aquella robusta mujer era la propietaria del aeródromo. Betty Malone gobernaba a su propiedad con mano de hierro, lo mismo que a su marido, del que solía decir

despectivamente era solo el hombre que le daba gusto en la cama, pero que no servía absolutamente para otra cosa.

—Sí, señora —contestó Holland respetuosamente.

—A Ralph lo «apiolaron» anoche. Tú ocuparás su puesto.

Holland respingó?

—Pero, señora...

—No se hable más. Eres listo y sabes ver, oír y callar. Para lo que hacía Ralph, tú puedes desempeñar perfectamente su papel. Ah, el salario queda aumentado en veinticinco semanales. ¿Te parece bien?

—Claro, señora Malone.

—Y llámame Betty —ordenó ella.

—Sí, Betty.

—Dale la escoba y la pala a Greg Hopkins. Luego ocúpate de los horarios de los instructores de vuelo.

—Muy bien.

Betty se alejó, con gran movimiento de sus poderosas caderas. Holland sonrió para sí.

Cerca del mediodía, uno de los instructores de vuelo le dijo que Betty quería hablar con él. Holland, con la tabla de horarios bajo el brazo, se encaminó a la oficina. Llamó y abrió la puerta.

—Betty...

—Estoy aquí, en el lavabo. Entra.

Holland avanzó aprensivamente. Al asomar la cabeza, vio a Betty, desnuda de la cintura para arriba, dándose agua en los sobacos.

—Hace un calor de todos los diablos —se quejó la mujer—. Happ, te he estado observando. Sabes hacerlo bien.

—Gracias, Betty.

—Pero te daré un consejo. Se lo dije a Ralph y parece que no me hizo mucho caso. Por eso está ahora en el congelador de la «morgue».

—Era un buen hombre...

—No seas hipócrita; le vi cómo te daba patadas en el culo más de una vez. Mira, muchacho, aquí en mi aeródromo, cada cual hace lo que le da la gana... hasta cierto punto, claro. No te metas nunca en los viajes de los clientes, no hagas preguntas; ocúpate de que los mecánicos tengan a punto los aviones y que todo el mundo respete

el horario. Pero no hagas preguntas.

—Sí, señora.

Betty se volvió, sin importarle estar semidesnuda, enseñando los enormes pechos que, para cierto tipo de gente, pensó Holland, no debían de carecer de atractivo.

—Lo que hagan mis clientes, una vez fuera del aeródromo o en el aire, es cosa suya, ¿entendido? Yo alquilo el campo para las estadias y el cuidado de sus aviones, y también tengo una tropa de instrucciones que enseñan a volar. Eso es lo único que debe importarte, métetelo bien en la cabeza.

—Descuide, Betty.

Ella dulcificó el gesto.

—¿Cómo me encuentras, Happ?

—¿Puedo decirle una cosa, Betty?

—Claro, hombre.

—Nunca me ha gustado la fruta del cercado ajeno.

Betty lanzó una estentórea carcajada, que hizo temblar sus gelatinosos senos.

—Me gustas —dijo—. Al menos, eres sincero. Pero no olvides la discreción en ningún momento.

—Está bien.

Holland salió de la oficina y se secó el sudor de la frente. Por un momento, había llegado a pensar que Betty quería arrastrarlo al camarote que tenía en otro cuartito del barracón. No hubiera sido el primero, por otra parte... pero con aquella respuesta había querido dejar bien sentada cuál era su posición al respecto.

CAPÍTULO IV

Cuando llegó a su coche, acabada la jornada, vio a una mujer en el asiento delantero. Llevaba pañuelo a la cabeza y gafas oscuras. Holland la contempló con curiosidad.

—Entre y arranque —dijo Joyce.

Holland obedeció.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo no está en casa de Bertholdi?

—No tengo necesidad de pasarme todo el día allí —respondió ella.

—Bertholdi debe de ser un sujeto muy liberal. ¿Tiene tabaco en su bolso?

—Sí —contestó ella, sorprendida.

—Entonces, enciéndame un cigarrillo.

Joyce obedeció. Holland expulsó placenteramente la primera bocanada de humo.

—Está bien, empiece a hablar —dijo.

—No sé si debo confiarme a usted —manifestó Joyce, aprensiva.

—Le aseguro que no repetiré a nadie lo que me cuente. Pero si no está segura de mí, cálese.

—Westkin me dijo que tenía algo importante que contarme. Fui al Hillscrest...

—Y se lo encontró «frito». ¿Qué más?

—Era muy amigo de Layne, el piloto que murió ametrallado. Lo consideraba casi como un hijo. Yo le oí en una ocasión manifestar su preocupación por las cosas que hacía Layne. ¿Sabe por qué murió?

—No. Dígamelo usted.

—Layne traía a un pasajero, que iba a pasar de contrabando una importante cantidad de droga. Su pasajero era un traficante independiente. Alguien decidió que era preciso escarmentar a todos los de su especie.

—Y los ametrallaron.

—Sí. Westkin sabía más cosas. Quiso contármelo todo...

Holland lanzó una sarcástica carcajada.

—Y no se le ocurrió otra cosa que citarla por el teléfono de Bertholdi —dijo.

Joyce bajó la cabeza, avergonzada.

—El caso es que Bertholdi no me ha dicho nada —murmuró.

—Quizá ahora no le interese. Más adelante, seguro, lo sacará a relucir. Pero, ¿qué tiene que ver usted con ese tráfico de drogas?

—Happ, quiero que haga una cosa —pidió Joyce con súbita vehemencia.

—¿Me costará mucho dinero?

—Al contrario, yo le pagaré... Quiero que averigüe todo lo que pueda acerca de ese tráfico de drogas...

—¡Está loca! —barbotó él—. ¿Quiere que me agujereen el pellejo?

—Tengo algún dinero. Le daré cinco mil, Happ.

—Ni lo sueñe. Mi vida vale mucho más. Lo siento, Joyce; como dijo aquel, ha marcado el número equivocado.

Ella se mordió los labios, evidentemente frustrada por la respuesta del joven.

—Yo pensé que... habiendo sido policía...

—Lo fui, pero no lo soy. Además, qué diablos, usted está en mejores condiciones que yo para descubrir posibles pistas. Vive en su casa, ve a toda clase de gente... Por cierto, si Bertholdi sabe que Westkin la llamó a usted, ¿no habrá enviado a alguno de sus gorilas para seguirla?

—Estoy en una peluquería, que tiene sauna y sala de masaje. Los gorilas se quedaron ante la puerta principal. Yo salí por la trasera y tomé un taxi.

—Chica lista —elogió Holland—. Indíqueme la dirección... y olvídeme, se lo ruego.

—Sí, lo mejor será olvidarle —reconoció Joyce.

Cuando llegó a su apartamento, vio que había luz en el interior. Abrió la puerta y divisó a su hermano, sentado cómodamente en un butacón.

—Has tardado demasiado, Happ.

—Sí —contestó el joven escuetamente. Y empezó a quitarse los

ropajes, para ir al baño.

—¿Te gusta tu empleo, Happ? —preguntó Dirk.

—Hoy me han ascendido. Ahora soy el jefe de los servicios de Wharton Field.

—Happ, si te gusta ese oficio, puedo recomendarte a otro aeródromo mejor. Los propietarios son muy amigos...

—Gracias, pero me encuentro muy a gusto en Wharton Field. Ya te digo que hoy me han ascendido. Eso significa que reconocen mis méritos.

—¿Reconocen tus méritos... o piensan que puedes serles útil algún día?

Holland se volvió desde la puerta del baño.

—Lo que hagan los clientes del Wharton Field, fuera del aeródromo, no es cuenta mía —contestó.

—Muy bien, has tomado una elección. Lo que pueda pasarte, será culpa tuya y de nadie más.

—Gracias, pero ya soy mayorcito para saber lo que me hago, Dirk.

—¿Estás seguro?

Holland, solo con los calzoncillos, se volvió desde la puerta del cuarto de baño.

—Sí, estoy seguro —respondió secamente.

—Entonces, ya me dirás qué hacías ayer por la tarde, en el Hillcrest, en compañía de la fulana de Bertholdi. Esa clase de mujeres no son para ti. Quieren algo más que un desgraciado barrendero de aeródromo...

—Lo que hacía con ella es cuenta mía. Pero ¿no eres capaz de imaginártelo?

Dirk soltó una risita burlona.

—No presumas de lo que no has conseguido —contestó—. Por cierto, ¿quién llamó anoche a mi casa, para anunciarme que Cooligan tenía algo que ver con el asesinato de Westkin?

El joven se puso las manos en el pecho.

—¿A mí me lo preguntas? —exclamó.

—Mi teléfono no figura en la guía —dijo Dirk suavemente.

Y se encaminó hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió.

—Ah, olvidaba decirte que detuvimos a Queen, pero no hemos podido probarle ningún cargo y está en libertad. Pensé que te

gustaría saberlo, hermanito.

La puerta se cerró sin ruido. Holland lanzó una maldición y, para calmarse, se metió bajo el chorro de agua fría.

—No es mucho lo que has averiguado —dijo Unity, a la vez que le entregaba una copa.

—He ido solamente en dos ocasiones. Al segundo día, mataron a mi jefe. Es poco tiempo para averiguar algo importante... a menos que me des una buena pista.

Unity se mordió los labios.

—Quizá...

—¿No te atreves a decirlo?

—Hay un jefe de camareros...

—Querrás decir de camareras —sonrió él.

—Bueno, lo mismo da. Se llama Rory Wolsey. Vigila sus movimientos.

—¿Nada más?

—Es suficiente. Dime con quién se reúne y qué hace. Eso es todo.

Holland apuró la copa y la dejó a un lado.

—Unity, ¿qué es lo que pretendes? —inquirió.

—Ya te lo dije: quiero obligar a mi exmarido a que me pague una indemnización mayor y que suba la pensión.

—Eso huele a chantaje, muñeca.

—¿Acaso es un santo?

—Tú sabes muchas cosas de él. ¿Por qué no me das más detalles?

—Tienes bastante con lo te he dicho. No necesitas saber más.

—Está bien —Holland suspiró, golpeó los brazos del butacón con las manos y se puso en pie—. Mañana volveré al Hillcrest. Hoy no he visto nada de particular.

—Te marchas muy temprano, Happ —le reprochó ella.

Holland la miró de pies a cabeza. Unity llevaba puesto un vestido largo, cuyo escote, en V, llegaba hasta la cintura. No había tela en la espalda. Los senos quedaban cubiertos por la escasa tela del delantero del vestido.

—Estoy fatigado —se disculpó.

—El otro día me acometiste como un toro en celo.

—«Estaba» como un toro en celo —rió él.

Regresó a su casa y se dispuso a acostare. De pronto, sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¿Eres Happ? —preguntó una mujer.

—Sí, el mismo.

—Soy Peggy, la del Hillcrest. ¿Puedo ir a verte?

—¿No tienes «trabajo»? —se asombró Holland.

—A lo mejor me lo das tú —dijo ella riendo.

—Nena, estoy muy cansado. Hoy he trabajado de lo lindo... Sí, me gustas enormemente, pero en otra ocasión, ¿quieres?

CAPÍTULO V

—¿Qué pasó anoche frente a tu casa? —preguntó Betty Malone a la mañana siguiente.

Con la vista fija en la tablilla de horarios, Holland contestó:

—Ametrallaron a una joven —dijo—. Parece ser que se trata de un ajuste de cuentas. Un policía dijo que la muerta era una «soplona», no sé más.

—Sí, pero, ¿qué hacías frente a tu casa?

—No pude preguntárselo. Quizá buscaba clientes.

—¿En tu barrio?

—Hoy día, la gente ha perdido el respeto a todas las normas de buena educación. Betty, perdóneme, pero tengo trabajo.

—Happ, haz que revisen a fondo el «jet» del señor Bertholdi. Tiene que salir de viaje. Vendrá al mediodía. Fustiga a los mecánicos, son un hatajo de gandules.

—Descuida, Betty.

—Y, sobre todo, que esté inmaculadamente limpio el interior. El otro día encontró la punta de un pañuelo de papel, menor que la uña de mi meñique, y armó el gran escándalo. Es un buen cliente, no me gustaría perderlo.

—No lo perderás.

La mañana transcurrió monótona, aunque Holland no permaneció inactivo. Cerca del mediodía, vio llegar el «Rolls» negro, seguido del coche en el que viajaban los guardaespaldas.

Holland observó la escena desde un cobertizo cercano. Bertholdi descendió del coche, seguro de sí, arrogante, con el aire de ser el dueño del mundo. Richard Baxter, su secretario, se unió a él desde el otro automóvil. Joyce también se hizo visible, alta, erguida, con el rostro más impasible que nunca, tal vez debido a las grandes gafas coloreadas que usaba. La vestimenta de la joven, elegantísima, era, sin embargo, sumamente sencilla.

El «jet» despegó a los pocos momentos. Holland oyó entonces la voz de Betty Malone.

—Te gusta la chica, ¿eh?

—Es guapa —contestó él con voz natural.

—Bertholdi las sabe elegir siempre. Lo mejor de lo mejor.

—De todos modos, no deja de ser una profesional.

—Ella no lo es, Happ.

Holland se volvió sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

Betty lanzó una risita.

—Anda, ve a tu trabajo —contestó evasivamente.

Terminada la jornada, Holland regresó a su casa, en donde se duchó y cambió de ropa, para dirigirse de nuevo al Hillcrest. En pocos días, se dijo, se habían producido trágicos acontecimientos. ¿Era el Hillcrest el origen de aquellos crímenes?

Cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta de la casa. Abrió y un puño se estrelló con terrible violencia contra su mentón.

Sorprendido, retrocedió trastabillando. Dos hombres penetraron en el acto. Uno de ellos cerró de un taconazo. El otro se dispuso a descargar un segundo golpe, mientras su compañero se ponía unos nudillos de acero en la mano derecha.

Aturdido, aunque no inconsciente, Holland, junto a la pared, agarró con la mano un jarrón y, moviendo el brazo horizontalmente, lo estrelló contra la cara de su atacante. El sujeto lanzó un aullido de angustia. Su mejilla izquierda empezó a chorrear sangre de inmediato.

—Anoche mataron a Peggy —dijo.

—Lo sé —contestó él.

—¿Eres tú más prudente que ella?

—Creo que sí.

—¿Por qué la mataron?

—Sabía algo sobre un laboratorio... Me lo dijo en cierta ocasión. No era muy discreta, todo sea dicho.

—La boca cerrada es síntoma de una larga vida, Della. ¿Qué sabes del laboratorio?

—Yo, nada; pero quizá te lo diga Gus Sharr.

—¿Quién es Sharr?

—Fue el novio de Peggy durante una temporada. Luego se separaron. Gus es un racista.

Holland arqueó las cajas.

—No entiendo —dijo.

—Peggy era portorriqueña. Se llamaba verdaderamente Eufemia Valle.

—Vamos, a Sharr no le gustaban los hispanos.

—Ni los negros, ni los indios, ni los amarillos. Peggy me contó que cuando Sharr supo su verdadero origen, tuvo que ir al baño para vomitar.

—Es un caso patológico. Probablemente, Sharr habría sido un buen «nazi». ¿Qué más?

—Sharr era técnico en ese laboratorio, es todo lo que puedo decirte.

—Además de su dirección.

—Claro.

Holland anotó las señas de Sharr en una pequeña agenda, que luego guardó en uno de los bolsillos. Acto seguido, sacó un par de billetes de diez dólares y se los tendió a Della.

La joven hizo un gesto negativo.

—No quiero eso —dijo.

—Lo siento, no sé cómo agradecerte...

Della se puso en pie.

—Ven —pidió.

Holland la siguió hasta el dormitorio. Inmediatamente, Della se quitó la blusa, quedando con el torso desnudo. Luego se soltó las presillas de la falda, que dejó caer al suelo.

—Vamos, desnúdate —exclamó.

Holland tenía la boca abierta.

—De modo que tengo que pagarte con...

Sonriendo impúdicamente, Della se quitó las bragas y luego se tendió sobre la cama.

—Exactamente, Happ —dijo.

Holland se rascó la mejilla con el pulgar.

—Della, creo que vas a tener que disculparme. No me siento en forma en estos momentos.

Ella se incorporó parcialmente quedando apoyada sobre un codo.

—¿No me encuentras apetitosa? —dijo—. Conozco unos cuantos trucos que te harán gritar de gusto...

—Es que, la verdad, así en frío... Perdóname, Della; creo que resultaría un fracaso.

—Está bien. —Della se puso en pie y buscó una bata—. Otro día, ¿no? —dijo con forzada sonrisa.

—Sí, otro día, seguro.

Holland se fue hacia la puerta. Antes de salir, se volvió hacia la camarera.

—Della, en tu opinión, ¿qué fabrican en ese laboratorio?

Ella soltó una risita irónica.

—Aspirinas, no, desde luego —contestó.

—Entiendo. Gracias de todos modos, Della.

—Me debes una noche, Happ —dijo la camarera.

—No lo olvidaré. Adiós.

Cuando se vio en el coche, Holland lanzó un prolongado suspiro de alivio. Mientras regresaba a su casa, se preguntó por la forma mejor de entrevistarse con Sharr, el químico racista.

—Entonces, pensaban más en Bertholdi que en ti.

—Es posible que tengas razón, Happ.

El timbre del horno sonó. Joyce se puso unos guantes de cocina y sacó la bandeja. Luego empezó a llenar los platos.

—Siéntate —dijo.

Holland lo hizo frente a la joven.

—Joyce, ¿cuál es tu juego? —preguntó.

Ella le dirigió una mirada penetrante.

—De momento, estoy estudiándote —contestó.

—Soy un insecto bajo la lupa del entomólogo, ¿no?

—Algo por el estilo. Come, la carne se enfría.

—¿Qué pasará cuando hayas terminado tu estudio? ¿Me clavarás en una tabla, con un alfiler... o me soltarás en el jardín?

—Tendrás la respuesta cuando haya terminado —dijo Joyce sosegadamente.

Una hora más tarde, Joyce se puso unos guantes de hilo blanco y cogió su bolso.

—Ha sido una velada encantadora... aunque estemos en pleno día —manifestó—. Deja siempre abierta la puerta de la cocina, Happ.

—Estará abierta, Joyce.

En el umbral, ella se detuvo y sonrió.

—Por cierto, Happ parece un apodo. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—No quiero decírtelo. Me da mucha vergüenza.

Joyce se echó a reír.

—Vamos, hombre, estamos solos. Dilo de una vez.

—Teophrastus, Roderick Nathanael.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

—Me quedo con Happ —se despidió.

Holland encendió un cigarrillo momentos después. Luego echó un vistazo a su reloj de pulsera. Era hora de visitar a Gus Sharr.

Los ojos de Sharr quedaban al otro lado de unas gafas de cristales de culo de vaso. Eran unos ojos acuosos, saltones, de mirada poco amistosa. En la cabeza había ya muy poco pelo, aunque era claro, casi blanquecino. La epidermis carecía de color. Parecía el vientre de un pez muerto.

—Pase, señor Holland —invitó, a la vez que tendía la mano hacia el visitante—. ¿En qué puedo servirle?

Holland contuvo la tentación de sacar un pañuelo y limpiarse la mano, después del contacto con la fría y viscosa del químico. Sharr se mostraba amable, pero era un tipo que resultaba repulsivo a primera vista.

—Tengo entendido que es químico —dijo.

—Sí, en efecto.

—Le he traído una muestra de una sustancia. Quiero que me la analice. Por supuesto, mediante los honorarios adecuados a su trabajo.

—A ver, enséñeme...

Holland sacó del bolsillo un sobrecito de papel y se lo tendió a su interlocutor. Sharr desplegó el sobre y humedeció el dedo índice, con el que tocó el polvillo blanco, para llevárselo luego a la punta de la lengua.

Al cabo de unos instantes, miró al joven.

—Amigo mío, esto es bicarbonato, simplemente —dijo.

—¿Solo? —se asombró Holland.

—«Nada más» que bicarbonato. Si creyó que era otra cosa, está equivocado.

—Me han estafado —gruñó Holland, desempeñando el papel del hombre enojado por el engaño de que había sido objeto—. Alguien tendrá que pagarlo muy caro.

—Lo siento —sonrió Sharr.

—Está bien. Dígame, ¿qué le debo?

—Oh, por favor... No tiene la menor importancia, señor Holland. No me debe nada.

—Muchas gracias... Oiga, ¿usted no tendrá por casa algo

Holland sonrió.

—Me gustaría romper el zapato derecho en su culo —dijo—. Pero últimamente, el precio del calzado se ha puesto por las nubes.

Tenso, con las facciones contraídas, Baxter volvió los sobres al interior de la cartera.

Luego sacó una tarjeta de visita y la dejó encima de la mesa.

—Creo que le conviene meditar mi propuesta durante... digamos veinticuatro horas. Llámeme antes de que se acabe el plazo.

—Lo pensaré —dijo Holland.

—Eso espero. Buenas noches.

—Buenas noches.

Un hombre entró en la casa apenas un minuto después.

—¿Qué hacía ese fulano aquí? —preguntó el teniente Holland.

—¿Qué opinas tú de un soborno de cinco mil «pavos» y un pasaje para Nueva York?

Dirk levantó las cajas.

—¿Eso quería? —preguntó.

—Tengo veinticuatro horas para pensármelo. Baxter dijo que ese dinero es un buen seguro de vida.

—¿Piensas aceptar, Happ?

Dirk fue a la cocina, abrió el refrigerador y sacó una lata de cerveza. Luego regresó a la sala.

—Te he hecho una pregunta —dijo.

—Dirk, ¿estás seguro de conocerme?

—A veces, me pareces un extraño, Happ.

—Es posible. Tú y yo somos muy distintos. Quizá son los ocho años de diferencia... Tú eres más sensato y reposado, más calculador...

—Muchas gracias —sonrió Dirk.

—Y yo soy más impulsivo. Quizá es cosa de la edad. Pero lo que nunca he sido es un cobarde.

Dirk palmeó el hombro de su hermano.

—Celebro oírte hablar así, Happ. De todos modos, ten cuidado.

Holland asintió. Su hermano se encaminó hacia la puerta.

—Es tan escurridizo como una anguila, y ya sabes a quién me refiero —dijo desde el umbral—. Pero también las anguilas acaban por quedar atrapadas en la red.

Holland se quedó solo. Sentíase extrañadamente contento. Su hermano parecía haber cambiado de actitud. No era bueno romper con la familia, se dijo.

Súbitamente, sonó el teléfono.

Era Joyce.

—Happ, por favor, ve corriendo a casa de Sharr —exclamó la joven, terriblemente agitada—. Dile que se marche ahora mismo...

—Pero, ¿qué sucede?

—No hagas preguntas. Ve inmediatamente.

Joyce colgó el teléfono. Holland se quedó pensativo unos instantes. Era preciso atender el consejo de la joven, decidió muy pronto.

Veinte segundos más tarde, hacía arrancar el coche. Tuvo que dominarse para no infringir ninguna regla de tráfico. El asunto debía de ser de suma urgencia, supuso.

Al fin, avistó la casa del químico. Cuando llegaba a las inmediaciones, ya a marcha reducida, oyó un disparo.

Holland apuró su copa.

—Vino a visitarme, con cinco mil dólares y un pasaje de avión para Nueva York. Me propuso un largo viaje de vacaciones.

—¿Qué respuesta le diste?

—Me quedo.

—¿No le temes?

—Muchísimo, pero trataré de protegerme. Aquí vino muy a

gusto; no tengo el menor deseo de cambiar de aires. Me concedió un plazo de veinticuatro horas para reflexionar. Concluye a las diez de la noche.

Joyce asintió y empezó a poner la mesa.

—Happ, quiero pedirte un favor —manifestó.

—Sí, claro.

—¿Conoces a algún piloto de confianza, que pueda alquilar un avión para todo el día? Posiblemente, solo lo utilizaremos por la mañana, pero le pagaré por la jornada completa.

Holland miró con sorpresa a la joven.

—¿Qué te propones? —inquirió.

—Un vuelo. Le diré adónde debe ir, una vez estemos en el aire.

—Parece que me incluye a mí como pasajero, Joyce.

—Te interesará —aseguró ella.

—Muy bien, creo que puedo encontrar al hombre. Ahora me gustaría saber una cosa de ti —dijo Holland.

—¿De qué se trata?

—¿Qué haces en casa de Bertholdi?

Joyce le miró, sonriendo de un modo extraño.

—¿No eres capaz de imaginártelo?

Holland torció el gesto.

—Sí, me lo imagino perfectamente —repuso.

Joyce abrió el horno.

—Ha salido perfecto —exclamó—. Siéntate y prepárate para aflojarte el cinturón.

—¿Eres de las que piensan que al corazón del hombre se llega por el estómago?

Ella puso la bandeja sobre la mesa y empezó a quitarse los guantes de cocina.

—Happ, olvida mi... personalidad y siéntate a cenar. No pienses más que en el asado; verás cómo al terminar te sientes muchísimo mejor.

—Lo dudo, pero el asado huele realmente bien —contestó Holland.

Hora y media más tarde, Joyce se puso en pie.

—El vuelo tiene que ser pasado mañana. Él irá a Las Vegas y estará allí cuarenta y ocho horas. Dispongo de dos mil dólares para tu amigo —declaró.

—Mañana por la noche tendré la respuesta —prometió él.

Joyce le miró fijamente.

—Happ, ¿por qué no has intentado besarme una sola vez?

El joven recordó una frase que había dirigido a Betty Malone días antes.

—No me gusta la fruta del cercado ajeno —respondió.

—¿Prefieres el propio?

—Sin lugar a dudas.

Joyce asintió.

—Buenas noches, Happ.

Holland encendió un cigarrillo. Fue a la sala y se sentó junto al teléfono.

Diez minutos más tarde, sonó el timbre.

—Holland —dijo, con el aparato pegado a la cara.

—Soy Baxter. ¿Ha reflexionado ya sobre mi proposición?

—Richard, tengo la sospecha de que no sabe evaluar adecuadamente a las personas. Si hubiese empezado mencionando un millón, tal vez yo me habría sentido inclinado a escucharle. Pero la cifra que citó es ofensiva.

—Holland, le diré una cosa —contestó Baxter rabiosamente—. En este momento, su precio es el de un cartucho.

La comunicación se cortó bruscamente. Holland contempló el aparato, con la sonrisa en los labios. Luego, lentamente, lo volvió a la horquilla.

—En tu opinión, ¿qué debiera haberme puesto?

—Una peluca clara y un vestido de tonos no muy fuertes. Con las gafas y el pañuelo das exactamente la sensación de lo que pareces: una mujer que disfraza su aspecto auténtico.

—Ahora ya no puedo rectificar —dijo ella, despechada.

—Ya no tiene remedio. Vamos.

Había un hombre, al pie de un avión de ala alta y cuatro plazas.

—Este es Ewdon Dinnis —presentó Holland—. Puedes llamarle Dinny a secas.

—Hola, Dinny —saludó la joven.

—Encantado —dijo el piloto—. Cuando usted guste, señorita.

—Le indicaré el punto de destino cuando hayamos despegado —manifestó Joyce.

—Muy bien.

Dinnis no hizo el menor comentario. Acomodó a los pasajeros, Holland en el asiento posterior, y luego se situó en su puesto. Mientras calentaba el motor, llamó a la torre de control. Muy pronto le concedieron el permiso para el despegue.

El avión se elevó suave y fácilmente. Entonces, Joyce dijo:

—¿Conoce Glass Mesa, Dinny?

—Sí, señorita.

—Vaya allí y sobrevuele el lugar, a unos cincuenta metros de altura, en los dos sentidos, norte-sur y este-oeste. Después le daré más indicaciones.

—Muy bien.

El aparato ganó altura, el sonido de su motor se hizo monorrítmico, uniforme, sin altibajos. Holland sabía que volaban con un hombre que conocía su oficio. Dinnis no fiaba nunca en los mecánicos y se encargaba de revisar personalmente su avión.

Una hora más tarde, Dinnis anunció:

—¡Glass Mesa a la vista!

Holland miró a través de la ventanilla. Debajo de él, divisó una enorme planicie, tan lisa como la superficie de un lago, en uno de cuyos lados se divisaba una serie de edificaciones, incluido un hangar para tres o cuatro aparatos. Una de las casas era grande, de aspecto lujoso, con jardín y piscina. En uno de los ángulos del recinto se veía la estructura del tanque de agua. Holland calculó la existencia de un manantial subterráneo, del que extraían el agua por medio de una bomba, elevándola hasta el tanque, desde el que se distribuía a los lugares en donde era necesaria.

Hacia el sur, la meseta, a unos dos mil quinientos metros, terminaba bruscamente en una impresionante cortadura, que caía verticalmente doscientos metros, antes de tomar una leve inclinación, que apenas si suavizaba el escarpado. Debajo se extendía un profundo valle, de laderas muy amplias, en realidad, una prolongación del desierto inmediato.

El avión voló raudamente en sentido paralelo a los edificios. De repente, Holland oyó un extraño repiqueteo.

—¡Por todos los diablos! —gritó Dinnis—. ¡Están disparando contra nosotros!

—No podré eludirles —gruñó.

—Es posible que sí —contestó Holland, a la vez que sacaba algo de uno de los bolsillos de su cazadora—. Joyce, encógete en el asiento todo lo que puedas. Procura que no te vean.

—Está bien.

Holland seguía vigilando al bimotor, que se acercaba con notable rapidez. Cuando estaban solamente a unos cincuenta metros, vio un tubo negro que asomaba por una de las ventanillas.

—Dinny, prepárate. Cuando yo te diga, asciende y sitúate encima del avión —exclamó.

—Está bien.

Las facciones de Dinnis parecían contraídas. Holland vio que el otro aparato se disponía a situarse junto al de su amigo, a menos de treinta metros de distancia. De pronto, lanzó un grito:

—¡Ahora!

Dinnis maniobró con suprema habilidad. Cuando el tirador abrió el fuego, su blanco elevó el morro y viró hacia la derecha. El piloto del otro aparato, sorprendido, no tuvo tiempo de corregir su rumbo.

Holland estiró el cuerpo. La ventanilla de Joyce estaba abierta. Sacó la mano por el hueco y lanzó algo hacia abajo.

—¡Fuera, Dinny! —gritó a pleno pulmón.

Dinnis hizo que el avión se elevase un poco, a la vez que viraba hacia la izquierda. Luego, sin interrumpir el viraje, empujó la palanca y el aparato inició un veloz descenso.

En el otro avión se produjo de súbito una explosión. Sobre el ala izquierda, cerca del motor, brilló un fogonazo y surgió una nube de humo que el viento dejó atrás rápidamente.

Casi en el acto empezaron a salir llamas. Dinnis terminó el viraje y estabilizó el monoplano. Sus tres ocupantes pudieron ver con toda facilidad el desarrollo de la tragedia.

Las llamas se corrieron a toda el ala, incendiando el tanque de carburante de aquel lado. El piloto picó desesperadamente, a fin de encontrar un sitio donde poder posarse en tierra antes de que se produjese la catástrofe.

Holland bajó la mirada un momento hacia aquel suelo torturado, que parecía un gigantesco rostro lleno de cicatrices. La tierra estaba surcada por infinidad de barrancos y cañones, entre los que surgían a veces monolitos de roja arenisca. De nuevo en su asiento, Joyce

contemplaba con ojos muy abiertos el vertiginoso descenso del otro avión, en el que las llamas progresaban con espantosa rapidez.

De pronto, se abrió la portezuela y un puntito negro cayó al espacio.

El hombre descendió a plomo, como una piedra. Segundos después, se divisó abajo, en el suelo, una nubecilla de polvo.

—Ha preferido morir estrellado —dijo Holland, ceñudo.

De súbito, se produjo el estallido. Trozos de la estructura del avión incendiado volaron por los aires, en una lluvia de brillantes fragmentos de metal. Una gran nube quedó suspendida en la atmósfera, mientras los restos del bimotor se esparcían en un extenso radio.

Holland se relajó en su asiento.

—Dinny, a casa —dijo plácidamente.

Joyce se volvió hacia él.

—Happ, ¿qué has hecho?

—Layne y Kutnan fueron ametrallados por alguien que utilizó un avión semejante. Cuando supe que tenía que venir aquí, decidí que a mí no me sucedería lo mismo.

—Al menos, podías haber avisado —se quejó Dinnis.

—Entonces, no hubieras venido —dijo el joven tranquilamente.

—Bien, pero, ¿qué has hecho? —insistió Joyce.

—Llevaba una granada de mano.

—Me hubiera gustado tenerte conmigo, cuando volaba en Vietnam —dijo Dinnis—. Si nos preguntan algo, diremos que fuimos ametrallados y que luego se produjo una misteriosa

—Esto es el Hillcrest. ¿Qué desea?

—Amigo, llágame el favor de llamar a Della. Dígale que soy Ben Jones.

—¿Qué Della? —preguntó el otro.

—Ah, hay más de una...

—Dos, señor Jones.

—Bueno, la rubia —dijo Holland.

—Un momento, por favor.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, Holland oyó la voz de

Della.

—Señor Jones, no le conozco a usted...

—Soy Holland, nena.

—Oh... No te había conocido...

—Claro, como que todavía no hay televisión en el teléfono. Escucha, Della, ¿hay alguien cerca de ti?

—No, estoy en una cabina. ¿Qué pasa, Happ?

—Vigila al jefe de camareros, Wesley. Ven a verme mañana, cuando termines. Tendrás doscientos «pavos» esperándote.

—Te los cambio por una noche... la que me debes —dijo ella.

Holland suspiró.

—O.K., nena. Abre bien los ojos, presta atención a todo lo que se hable... y cierra muy bien la boca.

—No te preocupes, encanto.

—Antes de venir a mí casa, procura dar un rodeo. Si ves las luces apagadas, sigue adelante y no vuelvas. Una sola luz, significará que puedes entrar. Dos, deberás dar una vuelta y regresar media hora más tarde. ¿Entendido?

—Comprendido, hasta mañana.

Holland dejó el teléfono en la horquilla, se reclinó en la butaca y encendió un cigarrillo. Dos mujeres, estaba persuadido de ello, querían utilizarle para sus propios fines. Confiaba en llegar a un resultado que le beneficiase a él mismo.

El avión de entrenamiento aterrizó y su piloto lo condujo a la pista de estacionamiento. Holland anotó la hora. De pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—Te llaman —dijo Betty.

—¿Quién? —preguntó él.

—Allí, en aquel coche.

Holland se volvió y divisó un coche negro, grande, con cristales fuertemente ahumados, salvo el parabrisas. La portezuela trasera se abrió cuando llegaba a las inmediaciones.

—Entre —dijo Bertholdi.

—Mi ropa no es la adecuada. Puedo mancharle la tapicería —objetó el joven.

—Por eso no he traído el «Rolls».

Holland sonrió. Bertholdi se cubría el rostro con unas grandes gafas de color. Aparte del chófer, no había nadie más en el coche.

—Está bien —dijo, después de sentarse—. Puede hablar.

—Fue una buena jugada —murmuró Bertholdi—. Tiene usted un magnífico sentido del humor. He despedido a los tipos que dejó usted ante la cancela de mi casa.

—Se acogerán al subsidio de paro —sonrió Holland—. ¿Algo más?

—Sí. Elevo la suma a quinientos mil. Acéptalo, es mi última oferta.

—Lo siento. Se ha equivocado conmigo.

Bertholdi se echó hacia atrás en el asiento.

—Es usted un hombre de firmes convicciones —elogió.

—Ya ve, preferí ser barrendero en un aeródromo, antes de buscarme otra clase de empleo y para que no dudasen de mí.

—¿Fue una elección tomada por sí mismo o se trata de un ardid, ideado tal vez por su hermano?

—Si piensa que estoy aquí, para cumplir una misión policial, se equivoca de nuevo. Harvey, hoy está usted que no da una... ¿Sabe lo que me hubiera gustado hacer?

—No, dígamelo, por favor.

—Me habría gustado ser creyente. Entonces, me hubiera ido a un convento.

—Eso no tiene gracia, Holland —se amoscó Bertholdi—. Le aconsejo acepte el dinero y se marche inmediatamente.

—Pierde el tiempo, amigo.

Holland se dispuso a abrir la portezuela, pero le detuvo la voz de Bertholdi, imperativa, cortante:

—¡Espere!

El joven se volvió.

—Diga —habló secamente.

—Usted tiene un hermano. Está casado, tiene esposa, tres niños... No querrá que les suceda nada, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, Holland se arrojó sobre Bertholdi y lo agarró con ambas manos por las solapas de su traje.

—¡Asqueroso hijo de puta! —barbotó—. Atrévase a tocar a alguien de la familia de mi hermano, tosa siquiera a una milla de distancia... y le sacaré las tripas con mis propias manos. Ni un batallón de pistoleros sería suficiente para protegerle de mi

venganza, ¿entiende?

El chófer, alarmado, empezó a volverse. Holland disparó hacia atrás la mano izquierda, alcanzándole con los nudillos en pleno rostro.

Sonó un gruñido. El chófer se llevó las manos a la cara, fuera de combate momentáneamente.

Holland dio otra sacudida a Bertholdi.

—Esta es una cuestión entre usted y yo —dijo—. Olvídese de mi hermano y de mi familia. De este modo, puede sobrevivir, pero si les hace algo, no vivirá más allá de veinticuatro horas.

Empujó al hombre hacia atrás y abrió la portezuela.

—Recuerde bien lo que le he dicho —se despidió.

El coche negro arrancó a los pocos momentos. Holland no lo vio siquiera, muy afanado en sacar una lata de cerveza de una máquina automática.

—Parece que no te encuentras muy bien —observó Betty, apoyada en la pared.

Holland destapó la lata y bebió a chorro, con la lata a un palmo de la boca. Luego se limpió con el dorso de la mano izquierda y acabó por sonreír.

—No lo creas —dijo—. Me encuentro perfectamente.

—Cuando venias hacia aquí, pensé que te iba a dar un ataque, Happ —se extrañó ella—. ¿Cómo has podido cambiar en menos de un minuto?

—Es que me he dado cuenta de que tiene miedo.

—¿Miedo, «él»? No me hagas reír...

—Betty, si no tuviese miedo, ¿por qué habría de venir, poco menos que suplicando la gracia de la vida, a un simple barrendero?

Ella se quedó con la boca abierta. Holland arrojó la lata vacía a un cubo de basura cercano.

—Con todos los hombres de que dispone, ¿cuándo has visto tú que él se moleste en dar un masaje personal? —añadió el joven.

—Nunca, ya lo has visto. Comprobar que tiene miedo me ha puesto muy, muy contento.

—Sí, pero no te confíes. A pesar de todo, es un hombre peligroso.

—No dejo, de tenerlo en cuenta un solo instante, muñeca —contestó Holland desenfadadamente.

CAPÍTULO IX

Había una luz encendida. Della avanzó hacia la casa y la puerta se abrió antes de que ella tuviese tiempo de tocar el timbre.

—No hay peligro, parece —sonrió ella.

—Ciertos hechos, dan experiencia —contestó Holland—. Peggy también vino como tú y la acribillaron a balazos. ¿Qué quieres de beber?

—Lo que tengas. Traigo noticias, Happ.

—Muy bien. Empieza.

—Un tipo vino y habló con Wesley. Es un sujeto calvo, con la cabeza completamente afeitada, nariz ganchuda y barba de perilla.

—Queen —recordó el joven instantáneamente.

—No lo conozco. Pero si pude aguzar el oído. Mañana, Queen traerá algo. Wesley deberá tener preparado el dinero. Eso es todo.

—Magnifico —sonrió Holland—. Te has ganado los doscientos dólares, encanto.

Della le miró por encima de su copa.

—Lo que yo quiero no es dinero precisamente —contestó.

Hubo un instante de silencio. Luego, Della se quitó la blusa transparente.

—¿Es que no vale nada? —preguntó.

—Me rindo —dijo él alegremente—. Son preciosos.

Avanzó hacia ella y sus manos se volvieron copas que sostuvieron los senos de la joven.

—Esto es natural, no hay relleno —sonrió.

—No soy una muñeca hinchable —respondió Della—. ¿Me permites que te lo demuestre?

—Con mucho gusto.

Una hora más tarde, se vieron dos brasas rojas en el dormitorio. Después de la primera bocanada de humo, Della dijo:

—Happ, en tu opinión, ¿qué es lo que debe traer Queen al jefe

de camareros?

—No quieras saber más de lo que sabes; puede resultar peligroso. Y, si me permites un consejo, busca un empleo en otro local.

—Puede que tengas razón. El Hillcrest me gusta menos a cada día que pasa —confesó la camarera.

—Entonces, no acudas mañana.

—Pero, es que tengo que cobrar el salario...

—Yo te lo pagaré, no te preocupes —dijo Holland.

—Siendo así...

De pronto, Della sonrió que el joven ponía una mano en su pecho desnudo.

—Calla —ordenó él perentoriamente, en voz baja.

Della se encogió en la cama. Holland se puso en pie y caminó hacia la puerta. Descalzo, no hizo el menor ruido.

Al otro lado, una tabla del entarimado emitió un leve gáñido. Holland percibió una respiración jadeante.

Alguien abrió la puerta muy lentamente. Una mano asomó poco a poco, enguantada, sosteniendo una pistola con silenciador.

La mano de Holland cayó de canto sobre la muñeca del asesino. El arma saltó por los aires. Holland contorneó la puerta y disparó el puño derecho con todas sus fuerzas.

—¿Es que no vais a aprender nunca? —gruñó.

El hombre se desplomó.

—Happ —dijo Della con voz temblorosa.

—No temas, encanto; ya no hay peligro.

Holland se inclinó sobre el caído, que ya se agitaba. Cuando lo vio sentarse, le enseñó la pistola.

—Ponte en pie y camina delante de mí —dijo.

El pistolero obedeció de mal talante. Holland lo hizo caminar hacia la cocina, cuya puerta abrió en el acto.

—Sal inmediatamente.

El matón no se atrevía a rechistar. Holland apoyaba el cañón del revólver contra su nuca.

—Es hora ya de que alguien te dé un escarmiento —dijo el joven malhumoradamente—. Ahora mismo vas a echar a correr, como si te persiguiera un batallón de policías. Corre o te mato aquí mismo.

El pistolero no se hizo repetir la orden. En el mismo instante,

Holland, parapetado tras la esquina, gritó:

—¡Alcánzale, que se escapa!

Sonó una blasfemia. Un hombre gritó desesperadamente.

—Soy yo...

Una pistola llameó junto a la acera. El matón se arrodilló, gimiendo:

—Estúpido, te dije que era yo...

Su compañero se quedó aturdido durante unos segundos. Luego se metió de un salto en el coche y arrancó como un cohete.

Holland volvió a la cama.

—Della, cuando nos pregunte la Policía, diremos que no sabemos nada, salvo que hemos oído unos disparos fuera de la casa, ¿estamos? Ese tipo no ha entrado aquí, no le hemos visto nunca. ¿Has comprendido?

—Sí... —los dientes de la camarera castañetearon—. Tienes razón; ya no pienso volver jamás al Hillcrest.

El hombre salió de su coche y se dispuso a cruzar la acera, sujetando firmemente el portafolios con su derecha. Alguien tropezó violentamente con él, empujándole precisamente hacia la derecha. Ray Queen lanzó una sonora interjección, mientras caía de costado. El instinto le hizo soltar la cartera.

Holland se arrodilló presurosamente a su lado.

—Discúlpeme, Señor... Soy muy distraído y no le había visto... No sé cuánto lo siento...

—Déjeme, déjeme —exclamó Queen, terriblemente furioso—. Maldito estúpido...

Todavía de rodillas, agarró la cartera y acabó de levantarse. Holland retrocedió, aparentemente pesaroso, con la cartera en las manos, a la espalda.

Queen entró en el Hillcrest. Sonriendo, Holland dio media vuelta y se encaminó hacia su coche. Lanzó la cartera al asiento delantero, se sentó tras el volante y dio el contacto.

Unos segundos más tarde, sintió en la nuca el frío del cañón de una pistola.

—Muchas gracias, por favor, Happ —dijo Unity.

Holland se puso rígido.

—Me vigilabas —murmuró.

—Sí. Hiciste bien al advertirme que Queen iba a venir al

Hillcrest para entrevistarse con Wesley. Ha sido un truco fantástico; no sé cómo te las has arreglado, pero el cambio ha sido realizado con notable limpieza.

—Me lo enseñó un carterista, hace años; es una especie de delincuente que tiende a desaparecer, Unity.

—Pero Queen no ha notado el cambio.

—Le vigilé cuando salía de su casa y me fijé en el portafolio. Entonces, compré otro.

—Sin embargo, te has anticipado a él.

—Porque sabía que no iba a venir tan pronto.

—Entiendo. Happ, por favor, ¿quieres parar en la próxima esquina?

—Con mucho gusto. Dime, ¿era esto lo que pretendías?

—¿Puedes dudarlo? —rio ella.

—¿Cuánto hay?

—Vale un millón, contando por lo bajo.

—Tendrás compradores, sin duda.

—El vendedor será el comprador.

Holland tardó un segundo en comprender.

—Ah, «él».

—Sí. Le amenazaré con verter el contenido por el sumidero. Pagará medio millón, créeme.

—Una bonita jugada, encanto. Te felicito.

—Gracias, ya te enviaré un cheque...

—No te molestes. Tú y yo hemos acabado.

Holland paró el coche. Unity alargó la mano izquierda y se apoderó del portafolios.

—Adiós, Happ.

—Buena suerte.

Unity saltó del coche y corrió a lo largo de la calle, hacia su automóvil, estacionado a unos noventa o cien metros de distancia. Holland la contempló desde su asiento, dudando entre seguirla o regresar a su casa.

Finalmente, optó por el regreso. Unity, apreció, seguía en su coche. Todavía no había arrancado.

—Querrá comprobar el contenido de la cartera —supuso.

Súbitamente, el techo del automóvil saltó a las alturas, impulsado por una atroz llamarada. Un cuerpo humano voló por los

aires, volteando sangrientamente. Holland, por instinto, se encogió en su asiento, mientras el fuego envolvía en contados segundos el destrozado automóvil de la mujer.

Por fortuna, las dos ventanillas delanteras del coche estaban abiertas, lo que evitó la rotura de cristales por la onda explosiva. Holland se dijo que no le convenía en absoluto seguir allí un segundo más y pisó el acelerador.

Cuando llegó a su casa, tuvo que tomarse una copa. ¿Qué habría pasado si se le hubiese ocurrido abrir el maletín?

El teléfono sonó en aquel instante.

—Holland —dijo.

—Happ, soy Della —sonó la excitada voz de la camarera—. En el Hillcrest ha ocurrido algo espantoso.

—Pero ¿no quedamos en que no ibas a volver más por aquel lugar?

—Me ha telefoneado una compañera... Wesley y Queen están muertos. Se han matado mutuamente.

—Diablos —respingó Holland.

—Parece ser que discutieron con gran violencia. Mi amiga oyó voces verdaderamente furiosas. Luego sonó el primer tiro y echó a correr...

—Me imagino lo que ha sucedido. Gracias, encanto.

—Happ, me diste un buen consejo. No lo olvidaré nunca.

—Lo celebro, muñeca.

—¿Crees que ha sido un ajuste de cuentas?

Holland sonrió para sí.

—Los números no cuadraban... y tuvieron que buscar a tiros la solución del problema. Adiós, encanto.

Colgó el teléfono. Una voz maliciosa dijo:

—¿Cómo es el «encanto»? ¿Rubia, morena o pelirroja?

—No es un hombre. Y no siéndolo, siempre es un encanto para mí, Joyce.

Holland echó a andar hacia la cocina.

—Voy a hacer café. ¿Quieres una taza?

—Acepto —respondió la joven.

CAPÍTULO X

—Podría decirse que ha sido, una noche movida —comentó Joyce, después de tomar el café.

—Ciertamente —Holland le entregó un cigarrillo encendido—. Una mujer muerta, destrozada por una bomba; dos hampones, que se matan mutuamente a tiros... Tu amigo debe de estar tirándose de los pelos.

—Seguramente.

Joyce apoyaba el codo derecho en la mano opuesta.

—De modo que durante dos semanas estuviste vigilando el Hillcrest por cuenta de la exseñora Bertholdi.

—En efecto. No hacía nada malo y pude ganarme dos mil dólares. ¿Te molesta?

—Oh, en absoluto. Pero me parece que eso te ha creado una cantidad de problemas.

Los ojos de Holland chispearon de ira.

—Por él tuve que dimitir —dijo cortantemente.

—¿Por él o por tu hermano?

—¿Quién habla de mí? —sonó de pronto la voz del teniente Holland.

Joyce se volvió.

—¿Es tu hermano, Happ?

—Se llama Dirk —contestó el interpelado—. Dirk, ella es Joyce Barnes.

Las cejas del policía se levantaron.

—¿La hija del profesor Barnes?

—Sí, la misma —confirmó Joyce.

—No sabía que conocieras a su padre, Dirk —se sorprendió el joven.

—De oídas, solamente —repuso Dirk.

—Joyce, ¿a qué se dedica tu padre?

—Es malabarista —contestó ella.

Holland respingó.

—Ah, un entrenador de circo, que ha adoptado el título de profesor...

—Nada de, eso —dijo Dirk—. El profesor Barnes es un genio de las matemáticas. Incluso se habló en una ocasión de que el secretario del Tesoro quería llevárselo a Washington, como asesor.

—Hubiera sido un cargo político y a mi padre no le gusta la política en absoluto —explicó Joyce—. Prefiere su cátedra, en Stanford.

—Ah, ya —dijo Holland—. Hermano, ¿qué te trae por aquí?

Dirk se acercó a la cocina y agarró la cafetera.

—La exmujer de Bertholdi ha saltado por los aires. ¿Sabes algo sobre el asunto, Happ?

—¿Quién lo pregunta? ¿El hermano o el policía?

—Si eso te preocupa, no citaré la fuente de mi información —aseguró el hermano mayor.

—Se trataba de un millón en droga, solo que alguien puso una bomba en lugar del «polvo» —Holland explicó lo ocurrido sucintamente y, al terminar, añadió—: Pensaba entregarte la cartera con la droga, Dirk.

—Un millón —dijo el policía pensativamente—. Es mucho dinero, ¿no te parece?

—No soy capaz de imaginármelo —rio el joven.

—Me preocupa dónde puede estar la droga —murmuró Dirk—. Bien, Happ, de todos modos, gracias. Joyce, encantado.

—Celebro haberte conocido —dijo ella.

Dirk se marchó. Holland llenó su taza nuevamente.

—¿Sabe «él» que estás aquí? —preguntó.

—No lo creo. Sin embargo, me voy a marchar enseguida —repuso Joyce.

—¿Sin contarme nada?

Los claros ojos de la joven sostuvieron con firmeza la mirada de Holland.

—Estás enamorado de mí —dijo suavemente.

—No te lo creas —contestó él.

—Salta a la vista, Happ.

—Estás diciendo tonterías, Joyce.

—Estás enamorado y te reprimes por mi pasado.

—Joyce, por favor...

Ella se le acercó y acarició su mejilla con una mano.

—Eres un chico maravilloso, Happ. Debiera haberte conocido antes.

—Para ti un simple policía hubiera sido poco. Ni siquiera me habrías dirigido la palabra, eso, suponiendo que hubieses llegado al extremo de mirarme a la cara.

—No piensas demasiado bien de mí, al menos, en ese sentido — se quejó Joyce.

—Digo lo que siento. Si eso te lastima... no puedo evitarlo.

—Comprendo. Eres sincero y me gustan los hombres sinceros.

—En cambio, tú desconoces la virtud de la sinceridad.

—¿Por qué dices eso?

—Me gustaría saber qué te traes entre manos. ¿Por qué no descubres tu juego de una vez?

—Y si lo hiciera, ¿cuál sería tu reacción?

—Estudiaría el caso detenidamente.

Joyce sonrió.

—Vamos, como si fueses un entomólogo y yo un insecto de nueva especie.

—No te pareces en absoluto a un insecto, por fuera, claro.

—¿Y por dentro?

—Quizá debería pensar en la abeja y su aguijón.

Joyce puso sus manos sobre los hombros del joven.

—Eres delicioso, Happ, un hombre verdaderamente encantador —dijo—. Pero ahora tengo que marcharme.

—Dices la verdad, guapa, aunque no te irás sola.

La voz había sonado en la puerta de la cocina. Holland y Joyce se volvieron al mismo tiempo y divisaron a un hombre que les apuntaba con un revólver.

El color huyó instantáneamente del rostro de Joyce.

—¡Bowdren! —exclamó.

—El jefe de los matones de Bertholdi —adivinó Holland.

—Exactamente —confirmó el recién llegado—. Y no vengo solo.

Dos hombres más penetraron en la casa.

—«Bronco» Less y «Toro» Zimmo —murmuró ella.

—Unos apodos muy adecuados —comentó Holland, al observar

el aspecto de los recién llegados.

Luego se encaró con Bowdren.

—¿Qué pretende de nosotros? —inquirió.

—Lo van a saber muy pronto —repuso el interpelado—. «Bronco», vigila el exterior. «Toro», encañónalos mientras yo hago mi trabajo.

—Bien, jefe.

Bowdren guardó su revólver. Luego tomó una bolsa que le entregaba Zimmo y sacó de ella un grueso rollo de esparadrapo.

—Holland, las manos a la espalda. «Toro» hará fuego al menor gesto sospechoso. No es una amenaza vana, téngalo en cuenta.

—Está bien.

El joven dio media vuelta y puso las manos atrás. Bowdren ligó primero sus muñecas y luego los tobillos. Hizo lo mismo con Joyce y acto seguido, les tapó la boca con sendas tiras de la misma cinta adhesiva, para concluir cubriéndoles las cabezas con unas capuchas negras, holgadas, pero que no les permitían ver nada. El tejido, sin embargo, era muy fino y permitía sin dificultad el paso del aire necesario, para la respiración.

—Bueno, ya está —exclamó Bowdren al concluir la operación—. Ya podemos llevarlos al coche.

Holland se sintió izado en volandas y conducido fuera de la casa. Momentos más tarde, fue dejado en el suelo de su vehículo que calculó era una furgoneta de caja cerrada.

A los pocos momentos, sintió que el cuerpo de Joyce era depositado junto al suyo. Oyó ruido de portezuelas y luego el del motor que se ponía en marcha. Inmediatamente, la furgoneta arrancó hacia un destino que, si le resultaba desconocido, podía calcular fácilmente que no iba a resultar agradable.

El viaje duró casi una hora. Holland hizo un esfuerzo y procuró acercarse a la joven. Aunque tenía las muñecas ligadas, sus dedos quedaban libres y la tocó varias veces, con objeto de darle ánimos.

Al fin, la furgoneta se detuvo. La puerta posterior se abrió. Cuatro fuertes manos izaron el cuerpo de Holland y lo trasladaron a un lugar que no tardó demasiado en identificar.

Joyce llegó poco después. Holland oyó la voz de Bowdren:

—Despegaremos apenas haya algo de luz —dijo—. Ten todo preparado, Skacko.

—Descuide, señor Bowdren.

Holland confirmó así que se hallaban en el interior de un avión. A los pocos segundos, oyó pasos.

Bowdren se arrodilló junto a los prisioneros.

—Ustedes no me ven, ni pueden hablarme, pero me oyen. Disculpen las molestias y les recomiendo un poco de paciencia. Procuren dormir; todavía quedan unas cuantas horas para que amanezca. Por supuesto, habrá alguien vigilándoles en todo momento. Eso es todo.

Bowdren se alejó. Holland y Joyce quedaron enfrentados a su destino. El joven empezó a sentir verdaderas aprensiones por su futuro... y el de Joyce.

Las ruedas del avión chirriaron al tomar contacto con el suelo. Pocos momentos más tarde, se detuvo. Todavía tardaron unos minutos, sin embargo, en sacarles fuera del aparato, aunque les cortaron las ligaduras de los pies para que pudieran caminar.

Holland sintió en su brazo el contacto de una mano que le guiaba para evitarle tropezones. Oyó la advertencia de unos escalones que subían, luego otros que bajaban, cuatro en cada ocasión y, finalmente, percibió el ruido de una puerta.

Alguien les quitó al fin la capucha. Holland contuvo una interjección al sentir el escozor que producía la cinta al desprenderse de su boca. Las ligaduras de sus muñecas desaparecieron.

Bowdren sonreía.

—Se han portado muy bien —dijo—. Ahora les traerán un buen desayuno.

—¿La última comida del condenado a muerte? —preguntó Holland.

—No soy yo quien dicta la sentencia.

Bowdren se encaminó hacia la salida.

—Siempre habrá un vigilante al otro lado de la puerta —advirtió por encima del hombro.

Instantes después, quedaban solos. Holland puso las manos en los hombros de la joven.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, pero con mucho miedo —confesó Joyce.

—Es lógico. Bueno, vamos a ver qué clase de encierro nos han

preparado esta gente.

La habitación estaba situada en un ángulo del edificio, con ventanas en dos de las paredes. Ambas ventanas estaban provistas de un fuerte enrejado metálico, imposible de cortar sin medios adecuados. Holland notó que, sin embargo, el enrejado había sido instalado apresuradamente. Había una posibilidad, se dijo.

Divisó otra puerta y la abrió. Daba a un pequeño cuarto de aseo. En la habitación en que se hallaban, había una cama, una mesa y un par de sillas.

—Un mobiliario más bien espartano —calificó.

Luego se acercó a las ventanas y examinó sucesivamente el paisaje desde cada una de ellas. Pudo ver el hangar, a unos cien metros de distancia, con un par de aviones en su interior. A la izquierda, a unos dos mil quinientos metros, se veía el borde de la meseta.

Por la otra ventana pudo ver la parte trasera de los edificios. Había allí una piscina, que no podía divisar completamente, aunque si apreció que se hallaba en obras. Incluso divisó la zaga de un enorme camión de transporte de cemento.

Joyce estaba en el lavabo y volvió a los pocos momentos.

—¿Se te ha ocurrido una idea, Happ? —preguntó.

—La situación es muy difícil. No creo que nos hayan traído aquí para proporcionarnos una temporada de vacaciones.

La puerta del encierro se abrió de pronto. «Bronco» Less entró, portador de una bandeja bien provista. «Toro» quedaba en el umbral, con la pistola en la mano.

—Joyce, de momento, vamos a alimentarnos —dijo él.

—Yo no tengo apetito...

—Come —aconsejó Holland. Y al retirarse el pistolero, añadió—: Por ahora, no piensan hacer nada. Si van a matarnos, no lo harán durante el día, sospecho. No se da de comer a alguien a quién se va a «apiolar» dentro de unos minutos.

Joyce hizo un esfuerzo por sonreír.

—Creo que tienes razón. Happ —respondió.

Después del desayuno, se sintieron mejor. Holland se acercó a una de las ventanas y contempló el paisaje. Entonces advirtió algo en lo que no había reparado desde el primer momento.

La meseta, pese a su lisura, no era absolutamente horizontal.

Holland advirtió que hacia una ligera pendiente hacia el sur, en dirección a la cortadura. Probablemente, la inclinación no pasaba de los tres grados y, a juzgar por lo que había podido apreciar, no afectaba en absoluto al despegue o aterrizaje de los aviones, sobre todo, teniendo en cuenta que había espacio más que suficiente para que la maniobra pudiera realizarse desde o hacia la cortadura.

El sol salió y pudo apreciar numerosas chispitas que brillaban en la lisa superficie del aeródromo. Entonces, súbitamente, comprendió algo.

—Claro —dijo—. Glass Mesa... la Mesa de Vidrio...

—¿Cómo? —se extrañó Joyce.

—Debí haberlo adivinado antes —respondió él—. Cuando agonizaba, Peggy habló en su lengua materna. Mencionó el laboratorio y pronunció la palabra vidrio en castellano. Es lo mismo que «glass» en inglés. Aquí abunda la mica y eso fue lo que anteriormente dio origen al nombre de la meseta.

—Sí, es probable. Pero eso no resuelve nuestro problema, Happ —alegó la joven.

Holland asintió, ceñudamente.

—Si pudiera apoderarme de uno de los aviones... —murmuró.

—¿Cómo? ¿Sabes pilotar? —se asombró ella.

—Estaba a punto de conseguir la licencia, cuando tuve aquel percance en la Policía y tuve que dejarlo todo —respondió Holland.

La puerta del encierro se abrió de pronto. Un hombre de mediana edad fue empujado sin miramientos al interior de la estancia.

—Quédese ahí, profesor —ordenó Bowdren.

Joyce lanzó un grito de sorpresa:

—¡Papá!

CAPÍTULO XI

—De modo que este es el malabarista —dijo Holland.

—¿Cómo dice? —exclamó sorprendido el profesor Barnes.

—Sí, hombre, el que hace maravillas con los números.

—Ah, bueno... Es algo que siempre me ha gustado... pero creo que ahora odio hasta el simple nombre de las Matemáticas.

—Papá estaba aquí, para arreglar los libros de Bertholdi —explicó Joyce—. En un principio, se negó, pero tuvo que aceptar cuando le amenazó con matarme. Para estar más seguro de que haría lo que él quería, me hizo vivir en su casa. Sin embargo, no le dije que solo residiría allí.

—Entonces, tú y Bertholdi, no... —dijo Holland.

—No, nada de lo que te imaginas.

Holland contuvo una sonrisa.

—Profesor, ¿qué ha estado haciendo en los libros de Bertholdi? —preguntó.

—Teme una inspección fiscal —respondió el profesor.

—Ah, comprendo...

—Si le procesan por defraudación de impuestos, podrá verse en apuros, porque así se investigarán sus actividades más a fondo y saldrán a relucir cosas que podrían costarle una condena de cárcel para toda la vida —añadió Joyce.

Holland se acarició la mandíbula.

—Al parecer, usted ha terminado ya su trabajo, profesor.

—Sí, señor Holland.

—Joyce, cuando volamos sobre la meseta, ¿qué te proponías?

—Quería saber si él estaba bien. Papá me hizo señas con un espejo, yo le contesté en la misma forma. Bertholdi empezaba a ponerse nervioso y amenazó con matarnos si él no terminaba pronto su tarea —respondió la muchacha.

—Puede que ahora consiga llevar a cabo su amenaza —

murmuró Holland—. De modo que te tenía como rehén, para que su padre pudiera arreglar los libros y así pudieran resistir el examen de los inspectores del fisco.

—En realidad, mi trabajo ha consistido en elaborar unos libros nuevos, con los asientos falseados. Para ello, lógicamente, tuve que partir de los originales —explicó Barnes.

Holland abrió los ojos al oír aquellas palabras.

—De modo que ha visto los libros auténticos de Bertholdi —exclamó.

—Sí, en efecto.

—Y sabe dónde están.

—Claro.

Joyce volvió la mirada hacia el joven.

—Happ, ¿qué te propones? —inquirió.

Holland se acercó a una de las ventanas y tanteó la red metálica.

—Si pudiéramos salir de aquí... —murmuró.

—Sí, pero ¿cómo escaparíamos?

—En un avión, naturalmente.

—Bertholdi nos perseguiría por todo el país, Happ —dijo ella.

—Tal vez no —contestó Holland.

Se acercó a la puerta, pegó la oreja a la madera y escuchó unos instantes. Luego giró en redondo.

—Profesor, ¿lleva encima algo parecido a un lápiz? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Barnes.

—Entonces, hágame un plano de la casa. Quiero saber cómo se llega al lugar donde Bertholdi tiene sus libros.

—Será muy arriesgado —vaticinó Joyce con lúgubre acento.

Holland se volvió hacia ella.

—Tengo que hacerlo. No puedo quedarme con las manos quietas, sabiendo que Bertholdi nos ha traído aquí para enmonarnos —contestó.

Poco después de mediodía, aterrizó un DC-3 de carga, de cuyo fuselaje empezaron a salir sacos de cemento a los pocos minutos. Varios individuos transportaron el cemento por medio de carretillas remolcadas por sendos «jeeps». Luego, el avión carguero despegó y se perdió de vista en el horizonte.

Bowdren se hizo visible al atardecer, acompañando al pistolero que trata la cena.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó el profesor.

Bowdren sonrió malignamente.

—Estoy esperando una llamada, para iniciar las obras en la piscina. Al señor Bertholdi no le gusta la actual y quiere cubrirla y hacer que le construyan otra —respondió.

En aquel momento, se oyó el rumor de un aeroplano. Bowdren dio media vuelta y salió rápidamente. La puerta se cerró en el acto.

—Al menos, nos tratan bien en el aspecto alimentario —comentó el profesor—. Come, hija...

—No tengo ganas, papá —respondió Joyce desanimadamente.

Holland estaba en una de las ventanas, contemplando la llegada del avión, a cuyo encuentro salía Bowdren, tripulando un «jeep». El jefe de los pistoleros pasó a pocos metros de la ventana, dirigiéndose oblicuamente hacia el lugar en que iba a detenerse el aeroplano.

—Ahí viene Bertholdi —dijo.

Joyce se acercó también a la ventana. A los pocos momentos, vieron que el «jeep» regresaba a la casa.

—No es Bertholdi —identificó ella—. Ha enviado a su hombre de confianza. Richard Baxter.

Las sombras de la noche avanzaban con rapidez.

—¿Por qué diablos tiene que venir aquí el secretario? —exclamó Holland.

—Seguramente, para llevarse los libros —dijo el profesor.

—¿Los ha terminado ya?

Barnes asintió.

—Está todo listo para soportar la mejor inspección fiscal que pueda hacerse en este país —contestó.

Holland abandonó la ventana y empezó a pasearse por la estancia. De pronto, vio una servilleta de papel y la extendió delante del profesor.

—Haga un plano a conciencia del camino que debo seguir hasta el despacho de Bertholdi —pidió.

—¿Piensa ir allí? —preguntó Joyce.

—Sí —contestó él fríamente—. Me llevaré los libros y luego nos escaparemos en un avión. Es casi seguro que Baxter ha venido a buscar los libros, para llevárselos a su jefe. Y tenemos que marcharnos antes de que salga el sol. O acabaremos en el fondo de

la piscina que piensan cubrir.

Joyce sintió un escalofrío.

—¿Es que piensan enterramos allí?

—Jamás encontrarían nuestros cadáveres. No hay sitio mejor para ocultar los cuerpos de tres personas cuya existencia puede suponer para él una condena perpetua.

—Los libros quedan todos los días guardados en una caja fuerte —advirtió Barnes—. Sin embargo, conozco la combinación...

—Eso es más que suficiente, profesor —sonrió Holland—. Vamos, empiece a dibujar. Mientras tanto, yo voy a empezar mi trabajo en el enrejado de la ventana.

—Pero no tienes herramientas —alegó ella.

Holland enseñó uno de los cuchillos.

—Es romo y no puede hacer daño a las personas, pero servirá para «roer» el cemento —respondió.

El silencio era absoluto. Pasadas las doce de la noche, Holland agarró el enrejado con las dos manos y empujó hacia afuera.

Sonó un leve chasquido. Holland interrumpió la labor y escuchó. Al cabo de unos momentos, repitió la intentona.

El marco de la red metálica giró hacia afuera y arriba. Barnes lo sostuvo con la mano derecha, mientras el joven saltaba fuera de la ventana, arrastrándose como un reptil por el antepecho.

Un segundo después, caía de cabeza, aunque pudo parar el golpe con las manos. Volteó ágilmente y se empinó sobre las puntas de los pies, para poder poner la boca a ras del alféizar.

—Esperen aquí —susurró—. Dejen el enverjado como estaba. Volveré...

—Oh, Happ, ¿por qué no nos marchamos ahora mismo? —sugirió Joyce.

—Primero, es de noche. Segundo, no soy un buen piloto y ni siquiera con luz de luna me atrevería a despegar. Hay «jeeps», por supuesto, pero nos alcanzarían muy pronto. El avión es el único recurso, insisto.

Holland desapareció inmediatamente. Convertido en una sombra fantasmal, se deslizó a lo largo de la pared, hasta alcanzar una ventana, situada en el lado opuesto, que correspondía al despacho de Bertholdi. Una vez allí, tanteó con la mano.

El bastidor estaba asegurado y tuvo que utilizar el cuchillo. Al

cabo de unos segundos, pudo levantarlo. Luego se introdujo sin hacer el menor ruido.

Corrió las cortinas. Sacó un fósforo y lo encendió para orientarse. Sin perder tiempo, cruzó la estancia, se acercó a la puerta e hizo girar la llave en la cerradura. Si alguien venía, tendría tiempo de escapar.

A continuación, buscó la caja fuerte. Estaba situada detrás de una librería, que giró silenciosamente al oprimir el resorte situado en el plomo de un falso libro. La puerta del cofre quedó a la vista.

Holland dio dos pasos hacia atrás, encendió la lámpara de sobremesa y la orientó hacia la caja fuerte. Luego se echó aliento en las yemas de los dedos.

Un minuto después, percibió un leve chasquido. Hizo girar la manija y tiró hacia sí. Satisfecho, contempló la doble pila de libros que había en uno de los estantes.

También divisó unos fajos de billetes y, en un estante inferior, una libreta de tapas negras, flexibles, muy gruesas. La hojeó un poco y advirtió muy pronto su enorme importancia.

Sin perder tiempo, llevó los libros hasta el pie de la ventana, incluyendo aquella libreta que iba a poner en serio compromiso a muchos personajes de relieve. Cuando se divulgara su contenido, se iba a producir un auténtico escándalo. Uno de los nombres que se mencionaban en la libreta era el del ayudante de fiscal que le había forzado a dimitir. Iba a divertirse mucho cuando su jefe le sometiera a proceso.

Apagó la luz y, con uno de los cuchillos, cortó un buen trozo de la cortina. A tientas, puso los libros encima y luego ató la tela con cuatro nudos. Dejó caer fuera el paquete, saltó, lo recogió y corrió de nuevo hasta su calabozo.

Instantes después, se reunía en el profesor y su hija.

—Lo he conseguido —dijo, aún jadeante.

Joyce, le miró en la oscuridad.

—Ya solo falta esperar —murmuró.

Holland echó un vistazo a la esfera luminosa de su reloj de pulsera.

—Son casi las dos. Pasadas las cuatro de la madrugada, se verán las primeras luces. Entonces nos iremos —decidió.

—Muchacho, ¿está seguro de que quieren asesinarlos? —dudó

Barnes.

—Seguro, profesor —contestó el joven—. Bertholdi está demasiado metido en este asunto, para que le importen unas vidas más o menos. Layne, Kutnam, Cooligan, Peggy, Sharr, el químico, quien, seguramente, amenazó con irse de la lengua y denunciar el laboratorio secreto que hay aquí, si no le pagaban lo que quería... Su propia exesposa, muerta por la bomba que había destinado para Wesley, Queen... La lista es interminable y no importa añadir unos cuantos nombres más.

—Pero Queen había trabajado para Cooligan —dijo Joyce.

—Bertholdi debió de convencerle para que se uniera a él, pero, en realidad, lo que quería era quitarle también de en medio. Bertholdi no contó con la intervención de Unity, un suceso fortuito e inesperado. Queen debía entregar a Wesley una maleta, supuestamente llena de droga. Wesley debería haberla abierto, para comprobar si le entregaban la mercancía, naturalmente, en presencia de Queen. Entonces, habían muerto los dos. Murieron igualmente, acribillándose el uno al otro, pero esto no altera en definitiva el resultado.

—Happ, aquí están Bowdren y dos de los más feroces pistoleros de Bertholdi —advirtió la joven.

—Lo sé. Y también hay más vigilantes armados. Recuerda los disparos que nos hicieron cuando volamos en el avión de Dinnis. Pero a esa hora, incluso los centinelas estarán dormidos, creyéndonos seguros.

—Cuando oigan el ruido del motor, se despertarán...

Holland sonrió.

—No habrá ruido de motor, sino hasta el último momento —respondió—. El negocio de Bertholdi debía de ser bueno, cuando podía permitirse el lujo de este aeródromo privado. Ya ves, para quitarnos de en medio, incluso envió un avión carguero, repleto de cemento.

Hizo una corta pausa y concluyó:

—Pero ese negocio de sangre, droga y muerte se le ha acabado ya.

CAPÍTULO XII

Minutos después de las cuatro de la mañana, saltaron por la ventana, Holland en primer lugar, para ayudar a los otros dos, y luego echaron a correr hacia el hangar. Holland transportaba el bulto con los libros y fue el primero en llegar al avión elegido, un «Cessna» de cuatro plazas, análogo al que le había servido para sus desplazamientos.

Los libros fueron a parar al asiento posterior.

—Arriba, Joyce —ordenó—. Profesor, ayúdeme a empujar el aparato.

Barnes asintió. Joyce, desobedeciendo la orden del joven, empujó también. El avión empezó a moverse lentamente. Hacia el este se disipaban ya unos tenues resplandores. La luna estaba a punto de ocultarse.

Poco a poco, el monoplano fue ganando terreno. A una indicación de Holland, Joyce trepó a la cabina y se situó en el asiento posterior. Los movimientos del «Cessna» resultaban ya más fáciles.

Cien metros más adelante, Holland empujó al profesor, quien no se hizo de rogar. El joven empujó un poco más, hasta que se convenció de que el avión seguiría rodando por inercia. Entonces, saltó a la cabina y se situó en el asiento del piloto.

—Los cinturones —indicó.

Observó los instrumentos. Todo estaba en orden. La gasolina era más que suficiente para llegar hasta Wharton Field.

Para Joyce, el avión se movía con horrible lentitud. Holland notaba, sin embargo, un gradual incremento de la velocidad.

Volvió la cabeza. La masa sombría de los edificios, recortándose contra el horizonte algo más claro del este, quedaba ya a unos quinientos metros de distancia.

—Happ, por favor... —rogó Joyce, terriblemente aprensiva.

—Todavía no —contestó él firmemente.

Aún quedaban quinientos metros. Y luego dispondría de mil quinientos más, para iniciar la carrera de despegue. El avión se movía escasamente a cuarenta kilómetros por hora.

En aquellos instantes, Bowdren, con Less y Zimmo se disponían a abrir la puerta del encierro. Todos disponían de revólveres con silenciador.

—Es preciso evitar que griten —dijo—. Actuaremos con la mayor rapidez posible. Yo me encargaré de Holland, es el más peligroso.

Los pistoleros asintieron. Bowdren abrió la puerta y encendió la luz con la mano izquierda.

Una espantosa blasfemia se escapó de sus labios al ver que la habitación estaba vacía. Miró a la ventana y divisó el enrejado fuera de su sitio. Al asomarse, divisó la silueta del avión que se movía lentamente sobre la meseta.

—«Toro», corre y despierta inmediatamente al piloto del «Beechcraft» —ordenó con un rugido—. Bronco, averigua por qué el centinela de la terraza no ha dado la señal de la alarma.

Bowdren dio media vuelta y corrió a avisar al secretario. Baxter recibió la noticia con incredulidad.

—No es posible...

—Están dejando que el avión ruede sin ruido, para alejarse sin que lo advirtamos. Ya he ordenado que se prepare el piloto del bimotor.

Baxter saltó inmediatamente de la cama.

—Iré con vosotros. Llevad un par de ametralladoras. Es preciso impedir que lleguen a la ciudad.

—Descuida.

En el «Cessna», Holland dio por fin el contacto. El motor tosió, escupió unas bocanadas de humo azulado y la hélice empezó a girar, irregularmente al principio, con más fuerza después.

Holland dejó que el motor se calentara un poco. Ya había bastante luz para el despegue. Poco a poco, avanzó la palanca de gas y la velocidad del monoplano aumentó con rapidez.

De pronto, se oyeron unos chasquidos lejanos.

—¡Happ, nos han visto! —gritó Joyce—. Disparan contra nosotros.

Holland no se preocupó, concentrada su atención en los mandos del aparato. El viento actuaba ya sobre los timones. Consultó el velocímetro. Todavía faltaba un poco para alcanzar la velocidad óptima.

El motor rugía satisfactoriamente. Holland dio un poco más de gas. Joyce se escorzó para mirar hacia atrás. Un grupo de hombres empujaba un bimotor fuera del hangar.

—¡Cuidado! —gritó Holland de pronto—. ¡Ahí vamos!

Las ruedas se despegaron del suelo. Casi en el mismo instante, apareció la cortadura. El avión se inclinó de morro.

Holland dio gas a fondo. Aguantó unos segundos, sabiendo que la caída aumentaba la velocidad del «Cessna», y luego tiró suavemente de la palanca hacia sí. El morro del aeroplano empezó a levantarse satisfactoriamente.

El cielo estaba dorado en el este. Joyce lanzó un grito de terror:

—Hay un avión que se dispone a despegar, Happ —avisó.

Holland apretó los labios. Seguramente, emplearían el «Beechcraft», Más potente y veloz que el monoplano. Y habría ametralladores a bordo del bimotor.

Había una solución, pensó; desesperada tal vez, pero la única que podía salvarles en aquellos momentos tan críticos. Antes de quince minutos, el bimotor les habría dado alcance. Y esta vez no tenía una granada de mano para responder a su ataque ni poseía la habilidad de Dinnis.

Lentamente, viró hacia la izquierda, perdiendo altura. Joyce pensó que se habría vuelto loco.

Holland divisó el bimotor que ya iniciaba su carrera de despegue por la pista. Movi6 los timones y continuó descendiendo, a la vez que realizaba un amplísimo viraje.

El «Cessna» se estremecía brutalmente, con el motor a pleno rendimiento. Holland se dijo que iba a hacer algo que no repetiría en su vida, pero no tenía otra opción.

Procuró calcular las distancias con la mayor exactitud posible. Ahora volaba a veinte metros sobre el suelo, en sentido transversal a la línea de despegue. El bimotor estaba ya a punto de alzar el vuelo.

Holland se arrojó sobre el otro aparato, como un halcón sobre su presa. El piloto del «Beechcraft» lanzó un agudo grito:

—¡Ese tipo se ha creído que es un kamikaze!

El bimotor estaba ya en el aire. Su piloto, desesperadamente, viró a la derecha, para eludir la colisión, pero no se dio cuenta de que estaba demasiado cerca del suelo. A ciento ochenta kilómetros por hora, la punta del ala derecha tocó la tierra.

Holland tiró de la palanca hacia sí y el avión se levantó de morro. Joyce volvió la cabeza, fascinada por lo que ocurría en el suelo.

El bimotor dio una terrible voltereta sobre su eje longitudinal. Luego pareció saltar un momento, para dar la vuelta completa. El fuselaje chocó con terrible violencia contra el suelo, levantando una espesa nube de polvo. Pero el humo y las llamas lo barrieron casi en el acto.

El ala izquierda, con el motor, voló a enorme distancia. Un cuerpo humano salió despedido, chocó contra el suelo, resbaló primero, rebotó después y luego se quedó inmóvil. Holland, ladeando el aparato, pudo ver la espesa nube de humo negro, que oscurecía los primeros rayos del sol naciente.

Respiró, aliviado, pero no se echó a reír. Estaban vivos de milagro, se dijo.

Al cabo de unos minutos, logró tranquilizarse. El sol era ya una bola de fuego blanco sobre el horizonte.

—Joyce, quiero hacerte una pregunta —dijo de pronto.

—Sí, por supuesto —respondió la joven.

—¿Qué hacías en el Hillcrest?

—Happ, ¿quieres saber la verdad?

—Hasta el último detalle.

Joyce cambió una mirada con su padre. El profesor sonrió.

—¿Y bien? —dijo Holland, impaciente.

—A papá le gustan las matemáticas. Yo las detesto. Prefiero mil veces la literatura —respondió ella por fin.

—Pero ¿qué diablos tiene que ver la literatura con esa cueva de prostitutas?

—Muchacho —terció el profesor—, un escritor debe conocer a fondo los ambientes que ha de describir en su obra. De lo contrario, todo cuanto diga resultará falso, viciado por la falta de autenticidad.

Holland abrió la boca.

—De modo que nos ha salido escritora —exclamó.

—¿Cómo te atreves a decir «nos»? —protestó Joyce—. ¿Quién te ha permitido semejante libertad, Happ?

El joven ocultó una sonrisa.

—No temas, no seré un estorbo para tu vocación —dijo.

El aterrizaje en Wharton Field estuvo a punto de terminar en catástrofe. Las ruedas del «Cessna» rebotaron varias veces y el avión dio una serie de saltos que le hicieron parecer una langosta, antes de iniciar una tranquilizadora carrera hacia la pista de estacionamiento. Betty Malone creyó que veía visiones cuando contempló a los pasajeros que descendían del aeroplano.

—Happ —dijo—, por lo que más quieras, no vuelvas a darme esa clase de sustos. Tengo el corazón muy débil.

Holland le palmeó la mejilla afectuosamente.

—Quizá pronto vuelva a terminar mi aprendizaje —contestó.

Luego dirigió una mirada hacia la ciudad, que se divisaba en el horizonte.

—Pero antes tengo que hacer algo —añadió. Y pensó en Peggy, ametrallada despiadadamente a pocos pasos de su casa—. Betty, ¿puedes prestarme uno de tus coches?

—Claro. Empiezo a sospechar que has dejado el empleo.

—Casi seguro.

—Lástima, me costará mucho encontrar un jefe de servicios tan bueno como tú.

—Quizá mañana te diga algo al respecto —se despidió Holland—. Vamos, Joyce. ¿Profesor?

—Sí, muchacho.

—Happ, ¿qué piensas hacer ahora? —preguntó ella.

—Voy a darle la noticia personalmente a Bertholdi —respondió Holland.

—Los libros están ya en poder del fiscal del distrito, pero no del ayudante que figuraba en su nómina. El fiscal tiene también la libreta reservada —anunció Holland.

Bertholdi se desmoronó. Tenía guardaespaldas en la casa, pero no tuvo fuerzas siquiera para llamarles.

—Baxter, Bowdren y algunos gorilas suyos han muerto —siguió Holland, implacable—. Es el fin de su imperio, Bertholdi, un imperio edificado sobre algo que producía una muerte blanca...

aunque también se haya derramado mucha sangre por su culpa. Va a ser como un cesto de cerezas: al asunto de las drogas y del laboratorio secreto de Glass Mesa, seguirán otros: su intento de defraudar al fisco, las muertes que ordenó...

Una sirena policial se oyó, acercándose rápidamente a la casa.

—Ya vienen a por usted —concluyó el joven.

Cuando salió del despacho. Bertholdi continuaba hundido en su butacón, incapaz de reaccionar, abrumado completamente por la catástrofe que se le había venido encima.

Holland salió fuera de la casa y respiró a pleno pulmón. Varios policías avanzaban rápidamente hacia el edificio, capitaneados por un hombre de paisano. Los guardaespaldas estaban con las manos en alto, sin atreverse a realizar el menor gesto hostil.

El hombre de paisano se detuvo un instante y miró a Holland.

—Buena tarea, Happ —dijo.

—Gracias, señor fiscal. Parece que quiere darse el placer de detener en persona a Bertholdi.

El fiscal sonrió y continuó su camino. Holland metió las manos en los bolsillos y, silbando alegremente, se encaminó en busca de la salida.

El timbre de la puerta sonó insistentemente. Holland lanzó un gruñido y se agitó en la cama. Al moverse, tocó algo cálido y perfumado.

Sonrió, mientras echaba a un lado las ropas de la cama. El timbre volvió a sonar.

Envuelto en una bata, Holland abrió la puerta.

—Dirk —exclamó.

—Hola, Happ —saludó el teniente Holland—. Tengo una noticia para ti.

—Muy bien, suéltala, hermanito.

Dirk hizo ademán de entrar, pero el joven le bloqueó el paso.

—¿Qué diablos te sucede, Happ? —exclamó el policía—. ¿Es que ni siquiera tu propio hermano puede entrar en tu casa?

—¿Por qué no me das la noticia de una vez? —rezongó Holland.

—Está bien. El jefe quiere verte. Quiere convencerte de que retires tu dimisión. Ya no hay cargos contra ti. El fiscal, naturalmente, ha influido en esa decisión...

Dentro de la casa, sonó una voz soñolienta:

—Happ, ¿qué haces en la puerta, en lugar de estar a mi lado?

Dirk respingó.

—¿Quién diablos es? —preguntó.

—Ella —contestó el joven sonriendo—. Una escritora que quiere conocer las reacciones de un hombre, en el terreno amoroso, para poder describirlas en su próxima obra.

—Y tú le demuestras...

—Cariño, déjate de hablar con los vecinos molestos —pidió Joyce desde la cama—. Estoy aquí. ¿O ya lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado, muñeca. Dirk, dile al jefe que un día u otro apareceré por su despacho. Ahora tengo algo más importante que hacer.

Holland cerró la puerta, regresó al dormitorio, se quitó la bata y se metió en la cama. Joyce le abrazó mimosamente.

—¿Quién era, cariño?

—Mi hermano. Quieren que vuelva a la policía. ¿Tú, qué opinas?

Joyce le besó con gran ardor.

—¿Has de tomar la decisión ahora mismo? —preguntó.

—No tengo ninguna prisa —contestó él.

—La Jefatura de Policía no se moverá de su sitio. En cambio, si te marchas ahora, yo me quedaré muy sola...

Holland la atrajo hacia sí.

—Me parece que vas a tener compañía para el resto de tu vida —declaró.

FIN

¡AHORA sí es posible!

*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

